

Madre, por Dios... ¡tengo frío!

Flora

EN EL BOTE DE BASURA

Siempre pensé que yo era una hija adoptada. Cuando le pregunté a mi hermana Elizabeth, me dijo: “Veamos el acta, ahí lo dice todo. ¡Mira... dice hiijaaa legíítima, hija legítima! Eso quiere decir que eres de lejísimos, o sea, que no eres hija de ellos, que te recogieron, por eso eres diferente. Muy negra, mira, nuestra piel es blanca y tú naciste con una marca en las nalgas de color morado que, dice mi mamá, sólo la tienen los indios. No eres hija de mis papás”.

Asombrada, le quité el documento de las manos. Apenas estaba aprendiendo a leer en primer grado de primaria, por lo que aún deletreaba: Le-gí-ti-ma, repetí, ¡sí, legítima!, y me senté en el quicio de la puerta a esperar el ruido de la moto que indicaba la llegada de mi papá, o bueno, del que en ese momento pensaba que no era mi papá.

Era aún temprano, así que, angustiada, escuchaba cada sonido con atención para correr antes de que nadie me interrumpiera. Reconocí el esperado ruido y, antes de que mi padre pusiera los tablones para subir la moto por las escaleras del pasillo, corrí a su lado y le lancé la inesperada pregunta: “Papi, ¿yo soy tu hija lejísima?”

Mi familia era muy grande: cinco hermanas y un hermano; describirlos se llevaría la mayor parte de esta hoja de vida. Yo los veía como víctimas o victimarios, según el caso. Dentro de esta clasificación, podría decirse que entre las que la pasábamos mal estaba Lidia, la mayor, que no estudió porque decía que la cabeza no le daba, siempre estuvo dedicada a labores de la casa y era blanco de todas las maldades y bromas; Clarita, cinco años más

pequeña que la mayor, de temperamento noble, nerviosa y muy bonita, víctima también del desprecio de Leonor —en ocasiones me parece que ella la tuvo mucho más difícil que todos—; y yo, que hasta los cinco años no supe que tenía un nombre porque siempre fui conocida como la Negra. De allí seguía una tanda de abusivos, que fueron además con quienes compartí mi infancia: Leonor, un año menor que Lidia, mi tortura y la de muchos; mi único hermano, Leonardo, debilidad de mi madre y el azote de las más débiles, sus víctimas principales fueron Lidia, Clarita y yo, por supuesto. Antes de mí, y cuatro años mayor que yo, estaba Elizabeth, hermana favorita de Leonor, y su versión revolucionada, mezcla de humor y perversidad que la hacían encantadora ante los demás y odiosa para quienes padecíamos sus bromas y jugarretas. A Natalia, por su temperamento, no es fácil ubicarla en ninguno de los dos bandos: inteligente, bella, introvertida y etérea; era un año menor que Leonor.

Para hacernos la vida imposible, además de Leonor estaba mi hermano Leonardo, quien nos infligía todo tipo de castigos para probarnos lo debiluchas y feas que le parecíamos.

Días después del incidente con mi acta de nacimiento, Leonardo se me quedó viendo por mucho rato mientras yo trataba de darles color a unos mapas de la materia que siempre sería mi dolor de cabeza desde segundo de primaria: la geografía. De pronto me dijo: “Vamos a ca’ don Erasmo —famoso abarrotero de la cuadra— y te compró una paleta de Milo” (lata de chocolate en polvo). Las paletas de don Erasmo eran inalcanzables por su precio e inigualables por su sabor, de modo que, sin pensarlo dos veces, tomé su mano y caminamos tres cuadras que, sólo de imaginar la paleta, se me hacían interminables. Notaba en él una risa contenida, pero la inocencia de mi edad y la ilusión de lo prometido sólo me hicieron acelerar el paso.

Al llegar a la tienda, pidió las paletas y, de pronto, sin mediar conversación alguna, le preguntó al de la tienda: “¿Verdad, don

Erasmus, que esta Negrita no es mi hermana? ¿Verdad que la encontramos en el bote de la basura?"

Mis oídos no daban crédito a lo que oía, era pequeña, pero recuerdo cómo me subía el calor a las orejas y una especie de dolor agudo en la garganta.

Don Erasmo, famoso por su desprecio hacia los niños, a quienes fingía no ver para no despacharles las insignificantes compras, como un dulce Tehuano o una galleta, mostró sus dientes forrados de oro en una sonrisa de oreja a oreja para agregar: "Así es, esta pobre niña estaba en un basurero. Lloraba toda flaquita, sucia y morada, por lo que a tus papás les dio mucha lástima y la recogieron. Es por eso que le decimos 'envoltorio sucio'". En ese tiempo no sabía que "envoltorio sucio" es un mote que se les da a los oriundos de la tierra que me vio nacer.

No dudé ni un segundo de su palabra. El tipo era un adulto con autoridad para corroborar lo que muchas veces había escuchado. Para entonces, la paleta se deshacía entre mis dedos, con la mirada fija en don Erasmo, esperaba su risa y alguna señal que me indicara que todo era broma; en su lugar, se dirigió a un señor que compraba maíz y, al tiempo que tomaba su charola para sacar la medida del baúl donde se guardaba, le dijo con voz muy fuerte: "¿Verdad, compadre, que a esta niña la recogieron de la basura?"

Mi infancia no transcurrió como la de la mayoría de los niños, entre juegos y risas; por el contrario, las tragedias, la indiferencia y el descuido dibujaron siempre mi destino.

Como la hija más pequeña entre seis hermanos, era el blanco de bromas casi siempre muy pesadas; algunas ocurridas antes de que pudiera tener conciencia de ellas. Mis hermanos de mayor edad recordaban anécdotas que me sucedieron siendo aún muy pequeña. Entre las que consideraban más divertidas, estaba la ocasión en que todos se metieron al mar y me dejaron cubierta con una sabanita porque nadie quería perderse la diversión cuidando a la recién nacida. Las carcajadas suben de tono cuando platican

cómo un trabajador de mi papá fue por mi madre al mar, alarmado porque la niña estaba tirada en la arena sola y morada de frío con la sábana cubriéndole el rostro.

Resultaba entretenido para ellos platicar cómo me dejaban paradita en una piedra en el Cenote de Mérida mientras practicaban buceo o tomaban sus cervezas, hasta que en cierta ocasión no me vieron más y las clases de buceo fueron de utilidad para que mi hermano pudiera rescatarme de sucumbir en esas aguas profundas. En su opinión, ese acto heroico me hizo contraer una deuda eterna con él, por lo que en adelante debía hacerle cualquier cantidad de mandados.

Nací con una insuficiencia respiratoria que se agudizó a la edad de cuatro años, razón por la cual todo cambio brusco de clima me provocaba terribles neumonías que hacían que gran parte del año no asistiera a la escuela y permaneciera encerrada a piedra y lodo en el gran caserón envejecido donde viví hasta los dieciséis años.

Observaba por la ventana a mis vecinos que jugaban en la calle. Saltalías, esconde-esconde, cabezón, matatenas y quemados, eran la diversión de los niños desde las cuatro de la tarde, hora en que terminaban sus tareas. Yo, en ocasiones, gritaba desde la ventana animando o acusando a quien hacía trampas. Tal vez por eso desarrollé una capacidad de observación poco común que hasta hoy conservo.

Los días más duros eran las fechas decembrinas, ya que el frío complicaba mi problema, por lo que nunca disfruté de cantar la Rama en las celebraciones navideñas o de entregar un niño Dios. De igual forma, “las mojaderas” —tradición local también llamada “colocación de la ceniza”— fueron mi tortura, ya que desde muy temprano veía cómo llenaban los globos de agua para convertirlos en proyectiles contra inocentes que caminaban rumbo a sus labores. Por los riesgos que representaba que alguien tirara un cubetazo o un globo con agua por la ventana, yo no sólo era recluida, sino que me obligaban a permanecer en el cuarto del

fondo de la casa, sola pero libre de cualquier riesgo. Una vez allí, inventaba personajes, hablaba sola o recreaba historias.

Una de mis historias mejor logradas fue la llegada del hombre a la luna. Pasé horas con mi padre viendo por la televisión cómo el primer hombre se lanzaba al espacio, el despegue del Apolo y oyendo la narración del más grande suceso del siglo. Estaba tan impresionada, que cada día recreaba la historia. En una ocasión tomé mi libro de historia y, tras asegurarle a mi padre que ya venía la lección en mi libro de texto, comencé a narrar sin perder detalle. No despegaba los ojos del libro, simulando que leía concentrada. Mi padre me escuchaba anonadado. Al final comentó que era increíble que hubieran obtenido tantos detalles del suceso quienes hacían los libros, pues ni la televisión los había narrado.

El asunto no hubiera pasado a mayores si mi padre, maravillado del esfuerzo de los autores de los libros y del gobierno mismo, no le hubiera comentado a Leonor, emocionado, que lo del hombre en la Luna ya venía en mis libros. Incrédula, como siempre, me obligó a mostrarle el relato. Yo hojeaba y hojeaba el libro y argumenté no encontrar la lección. Por supuesto, en pago a mis embustes fui castigada con un fin de semana sin derecho al sagrado "domingo" (un peso que mi padre nos daba a las dos hijas más pequeñas).

JAMÁS OLVIDES TU PLUMA

Sentada en la recepción de la Dirección de la principal universidad formadora de docentes en el país, reviso el temario de lo que será mi primer examen de oposición, en atención a un concurso abierto para acceder a una plaza como profesora de medio tiempo.

He sido requerida por el director de la institución, quien al verme esboza una gran sonrisa, señala una silla para que tome asiento y agrega con tono imperativo: “Siento decirle que para la plaza que a usted le interesa están agotadas las solicitudes, por lo que le hago entrega de sus documentos”.

Hace apenas un mes que me estrené como mamá, por lo que la inesperada bienvenida provoca que mis pechos comiencen a secretar el preciado líquido que me recuerda las prisas con que debo realizar el trámite: “La convocatoria es abierta —señalo, imitando su tono—, en ningún lado dice que esté limitada a una cantidad de solicitudes”.

Endurece su rostro, sobre todo el ceño, se revuelve en su silla y me receta de memoria el manual de los derechos y obligaciones del personal en funciones: ellos tienen prioridad, en cambio yo, a su parecer, me encuentro absolutamente fuera de lugar. Sin embargo, me concede la oportunidad de concursar por cinco horas y agrega: “Y eso porque veo que en su currículum usted tiene alguna experiencia docente”.

Molesta porque mi blusa comienza a evidenciar la urgencia de retirarme, le refuto: “Creo que no es así, la recepción de documentos, según la convocatoria, se termina hasta dentro de tres días,

por lo que le agradecería que me firmara de recibido y colocara el sello en el recuadro para continuar mi trámite”.

El día del examen, acudí sin demasiadas esperanzas. En mi ficha se leía con letras grandes: “Condicionada, falta acta original y fotografías”, y la firma del director que sobresalía del recuadro. Nos sentaron en filas separadas, por lo que no dejó de asombrarme que mi compañero de atrás, “el elegido del director” —como después pude enterarme—, me jalara continuamente de la manga de mi playera para decirme: “¿Tienes la ocho?; dame la doce, la siete, la trece...” A lo que yo respondía con pistas escuetas para no parecer grosera.

En la entrevista pude conversar cómodamente con el integrante del Comité de Evaluación, quien casualmente también era psicólogo. En realidad hablamos sobre la situación educativa del país, temática que no me era ajena, ya que con mi cuñado Alfonso siempre fue tema de sobremesa. Al final me recordó que debería completar mis documentos y salí, como siempre, con demasiada prisa.

Al llegar a casa, desde las escaleras se oían los gritos desesperados de Jesús. Su papá, con biberón en mano, lo paseaba sin poder consolarlo. Con sólo tomarlo en mis brazos cesaron sus llantos y se pegó con avidez a mi pecho. No había mucho que contar: “No me van a elegir —comenté—, me faltaron fotos, original de acta de nacimiento y una solicitud que no sabía que tenía que llenar. El evaluador me dijo que podía alcanzarlo en la terminal de autobuses, pero no creo lograrlo...”

Media hora más tarde, Nicolás regresó emocionado. Sin decirme nada, había reunido los documentos faltantes y traía la noticia de que, al parecer, había ganado el concurso. Los miembros del Comité habían intentado localizarme y dejaron recado en la institución, el cual, por supuesto, nunca llegó a su destino. Les urgía que llevara mis papeles, por lo que les agradó que, en el último momento, pudieran completar mi expediente; además

me mandaban felicitar y el mensaje de que en breve recibiría el dictamen oficial.

Después de obtener la plaza, me presenté a la institución, feliz, sin conocer a nadie. La sonrisa no me duró demasiado. Las muestras de hostilidad hacia mi persona fueron más que evidentes por parte del personal docente y administrativo. Yo era “la desconocida”, “la nueva”, “la universitaria”. Además del visible enojo de los profesores internos que venían desempeñándose en la institución y que no habían sido favorecidos, estaba el de sus partidarios.

Al pretender firmar mi entrada, me percaté de que había olvidado mi pluma. Con el gesto más natural del mundo, le solicité a la secretaria del director que me prestara una. Visiblemente molesta, me mostró su antipatía aclarándome que allí cada profesor tenía su propia pluma porque era la herramienta mínima que un profesional de la educación debía portar.

Casi a punto de las lágrimas, pensando más en retirarme a amamantar a mi hijo, alguien tocó mi hombro y me ofreció su pluma, además de una sonrisa franca, hermosa y reconfortante. Me dijo: “Firma, aquí te espero para irnos a tomar un cafecito con galletas”. Así es como vive en mi memoria Eva, Evita, mi protectora y mi “mana”, como ella solía llamarme, “mana”, “manita”, siempre con una palabra de aliento.

A partir de ese momento, Evangelina y Rosita, la encargada de Recursos Humanos, se convirtieron en mis amigas entrañables. Cada día su compañía, sus carcajadas y la indiferencia con que recibían a los hostigadores me hicieron la vida amena en un ambiente verdaderamente difícil.

A Eva le gustaba la gente que sabía escribir, la gente que leía, la que sabía poemas. Nuestro lugar de reunión era la vieja biblioteca en la planta baja del edificio, la cual fue reubicada para prevenir los embates de las inundaciones. Allí escuchábamos con atención a los estudiantes que armaban sus tesis, pedíamos orientación sobre algún tema específico, y Eva nos narraba sus aventuras de cuando

fue alumna de la Granja con don Tomás Garrido y compartimos con ella las emociones cuando nos contaba las vicisitudes que implicaba ser trabajadora y mamá en el medio rural, donde sólo podía cruzar los caminos con sus hijos a caballo.

Allí supimos que don Tomás Garrido no necesitaba robarse a la chamacas porque “estaba tan guapo, que nos le ofrecíamos como el pan bota’o... ‘Llévame contigo’, le pedíamos, y él, con su sonrisa nos decía: ‘¿Ya comieron? ¿Quieren frutas?’” Nos contó también lo difícil que fue para ella cumplir la orden de don Tomás, su protector, de quemar los santos, por lo que sólo los enterraba, y en su mente le pedía perdón a diosito, con la promesa de que después los rescataría.

Eva tenía la virtud de alejarme de los problemas. Sus conversaciones giraban en torno a los hijos, los libros, el contenido de sus asignaturas. Anotaba en hojas que salían de su bolsa (además de dulces y galletas, que eran la delicia en horas pico, como las dos de la tarde) todo lo que consideraba útil para impartir sus clases sobre la inteligencia del niño, que por muchos años ocupó el mayor número de horas dedicadas a la docencia.

De Evita y su legado aún conservo poemas que ella copiaba de su puño y letra, fotocopias de libros, revistas y refranes. Nunca la vi enojada, porque su inteligencia emocional era de proporciones inimaginables, lo que siempre despertó mi admiración y deseos de seguir sus pasos. El cotilleo divertido se le daba muy bien, fue una gran narradora de anécdotas de los personajes de su época, conocía fortalezas, debilidades y secretos de políticos e intelectuales.

Eva fue y es una maestra muy estimada por sus estudiantes. Caminar con ella por los pasillos implicaba detenerse al menos unas veinte veces, ya que sus alumnos la buscaban para saludarla o para darle algún detalle humilde que sus papás le enviaban (dulces, totopostes, frutas, etc.); para cada estudiante tenía una palabra de aliento, una broma o un piropo. Con las personas humildes, Evita era especialmente afable, detestaba la soberbia y también a

los maestros reprobales, como ella les llamaba. Ella me enseñó la parte humana del ejercicio docente y por eso le dedico en esta historia tantas líneas.

Estoy segura de que Evangelina, en alguna parte de su memoria, recuerda con cariño a esta amiga. La vida nos llevó por diversos caminos y dejé de verla durante más de seis años. Cuando por casualidad la encontré, me acerqué con emoción y cariño, grité su nombre. Iba acompañada de su adorada nieta, a quien además de su optimismo, le regaló su nombre. “¡Hola! —me dijo con la misma sonrisa afable de siempre—, ¿quién es tu papá? ¿Conozco a tu mamá? ¡Salúdame a tu familia!”... Aun cuando su memoria atacada por el Alzheimer se negaba al recuerdo, sus modales, su mirada, su afecto, sus manos, eran exactamente las mismas que años atrás me habían brindado cobijo en circunstancias tan adversas.

RASPADURA

Crecí llena de inseguridades y con un fuerte temor de provocar la molestia de mis hermanas, que me llevaban muchos años de edad. Mis padres me tuvieron cuando ya eran personas mayores, por lo que años más tarde supe que algunos de mis tíos me apodaban Raspadura.

Mi mamá siempre estaba de muy mal humor. Supongo que seis hijas y un hermano con un temperamento hiperactivo la dejaban sin energía para besarnos, abrazarnos o hacernos arrumacos, como escuchaba entre mis amigas que se estilaba en sus hogares.

Los juguetes “caros” eran celosamente guardados por mi madre en el ropero con llave y sólo permitía que jugáramos con ellos bajo su mirada estricta, de modo que, por lo general, permanecían más tiempo guardados que en nuestras manos.

Cuando mi madre salía a comprar telas para entregarse a una de sus más grandes pasiones: la confección de nuestros vestidos, mi única meta era alcanzar la llave que se encontraba a salvo arriba del ropero. Por la altura del mueble, ella suponía imposible que estuviera a nuestro alcance. Al salir, me dejaba al cuidado de mi padre que, para mi buena suerte, se había entregado a un vicio conveniente a mis propósitos: la lectura de novelas que el novio de mi hermana, profesor de secundaria, le hacía llegar continuamente. Su concentración era total, por lo que podía hacer de las mías y el sólo decía: “No le toques nada a tu mamá para que no se enoje”, pero seguía con la mirada clavada en el libro. De modo que yo me las ingeniaba para subir al ropero, tomar la llave y jugar a mis anchas dentro de ese espacioso mueble. Me calzaba sus zapatos

cuidadosamente guardados, me ponía sus vestidos, sus medallas, aretes y jugaba con mis muñecos hasta el hartazgo.

Cuando escuchaba algún ruido, guardaba todo apresuradamente, y más de una vez se escucharon sus gritos alegando la pérdida de alguno de sus preciados objetos, que aparecían misteriosamente tirados en el mismo ropero. El tiempo concedido era suficiente porque su vicio por las compras y la elección de las telas le llevaba un tiempo invaluable que yo convertía en horas de diversión.

En una de esas ocasiones no me dio tiempo de salir. Se había encontrado en el centro a una de sus viejas amistades y regresó con su invitada, por lo que no me quedó más que permanecer encerrada en el espacioso ropero, esperando el momento oportuno de abandonar mi escondite sin que ella lo notara. Hablaba y reía con su amiga recordando sus tiempos de soltera y soltando sus recuerdos; me enteré de que en las navidades les gustaba la cerveza y el danzón; supe que una tía de cascos ligeros mantenía relaciones secretas con su antiguo enamorado. Entre las remembranzas, una se quedó por siempre en mi memoria: “¡Ay, comadre!, ¿te acuerdas de cómo quisiste tirar a la más chiquita?, ya debe tener como seis años. Cuánta cochinidad tomaste, hasta miedo me daba de que saliera medio tonta, ¿te acuerdas, comadre, de que hasta fuiste con doña Aída? Si no fuera porque el lugar nos dio miedo, no tendrías a Raspadura. Esperé en silencio. Mi mamá sólo le respondió: “Ah, pero eso ya pasó, comadre”... Me seguí repitiendo en la oscuridad del ropero: “Ya pasó, comadre, ya pasó...”

En esas vueltas al centro para la compra de telas, cierres, hilos, dedales y demás, mi madre iba alegre, por lo que mi hermana Elizabeth y yo, las más pequeñas de la familia, insistíamos en acompañarla. Por lo general, accedía a comprarnos unas colitas para el pelo, un par de calcetas o alguna goma de borrar olorosa. En una de esas ocasiones en que todo era gusto y felicidad, tomó un par de calcetas hermosas que parecían de brocado, con un tejido calado que dejaba al descubierto parte de la piel, pero sólo

tomó un par de ellas, y otro par... de las habituales calcetas cortas que tanto detestábamos.

Yo ni siquiera me atrevía a preguntar, porque en el fondo sabía la respuesta. Al llegar a la casa, abrió la bolsa y le entregó los hermosos calcetines a mi hermana. No me extrañó, pues entre ellas siempre hubo una especie de complicidad. Sin embargo, al recibir mis habituales calcetas, las sostuve en la mano por más tiempo del necesario, buscando cómo formular la pregunta sin desatar su coraje:

—¿Por qué no hay unas iguales para mí?

—Ay, hijita —me dijo—, tú eres negrita y esas calcetas se clarean, así que mejor te pones tus calcetitas. Había crecido, y en lugar de este dolor de garganta que me sigue acompañando hasta el día de hoy cuando llegan los recuerdos, sentí furia, quizá la primera rabia de muchas... Tal vez por eso, a mi hermana, con frecuencia se le perdía alguno... de ese par de horribles calcetines.

El Día de Reyes, como para todo niño, era una fecha muy esperada por mi hermana y por mí. Con mucha anticipación hacíamos las cartas y, por lo general, mis peticiones eran influidas por los deseos de Elizabeth, quien me convencía de la conveniencia de pedir una carriola si ella pedía una muñeca; un triciclo con asiento trasero para las dos, para que, por supuesto, ella manejara y yo fuera su pasajera; una red si ella pedía la pelota.

Un 6 de enero muy temprano, el trabajador de mi padre, vendedor de artículos para el hogar, entró cargando dos muñecas (una nueva, y la otra, mercancía devuelta por la imposibilidad de pago de algún cliente). La del empaque era la novedosa muñeca que caminaba y hablaba; y el otro, un muñeco o "rorro", como solía llamársele a este tipo de muñecos. Éste no hacía ninguna gracia, pero tenía un rostro hermoso y unos ojos azules que se cerraban tras unas pestañas rizadas y tupidas. Yo no sabía bien cómo era que los Reyes habían dejado los muñecos en casa del vendedor, pero no dudaba de la palabra de mi padre.

Por supuesto, entre mi hermana y mi madre me convencieron de que el “rorro” era el más hermoso: “Mira —dijo mi mamá—, cierra los ojos y se parece al Yaqui (apodo que le dimos al bebé de una prima que había nacido en Estados Unidos y que, cuando nos visitaron, nos robó el corazón a todos), es mejor que la muñeca”. “Además lo puedes bañar y no se daña”, decía mi hermana. Yo veía la muñeca en su caja y, aunque me pusieron el rorro en los brazos, no dejaba de admirarme cómo, al jalar una cuerda, la muñeca decía: “Te quiero mucho”, “tengo hambre”. Finalmente, y como en muchas otras ocasiones, terminé “eligiendo” a mi Yaqui, muñeco al que adoré por encima de cualquier juguete. Era mi compañero y me negaba a entregarlo cada vez que mi madre insistía en guardarlo para que me durará más.

Lo tuve durante toda mi niñez y, años más tarde, cuando crecí, pensaba que aún lo conservaba en el ropero de mi madre. Para mi sorpresa, ella lo había regalado en mi ausencia, alegando que había venido una primita que no tenía juguetes. Es de los objetos que hubiera deseado conservar por siempre.

DECISIONES TRASCENDENTALES

Ante el jurado defendiendo mi tesis doctoral. No siento miedo, inseguridad ni el pánico de otras ocasiones. He disfrutado el proceso de investigación; veo en mis sinodales a gente a quien agradecer el tiempo invertido, las correcciones, mi disciplina, mi formación. Creo que lo más importante es que ahora me siento capaz de hacerlo sola. Puedo investigar, ordenar, escribir y difundir, en ese orden, y todo gracias a mis sinodales, esos cinco gigantes que me cuestionan sin piedad.

La decisión de estudiar el doctorado no ha sido sencilla. El mayor de mis hijos tiene apenas siete años y el más pequeño inicia el preescolar.

Nicolás concluyó recientemente su maestría y hemos avanzado en los estudios turnándonos el cuidado de los hijos, intentando separarnos lo menos posible. El caso del doctorado era distinto porque en mi estado natal no había ninguna institución que ofreciera algún programa para cursarlo, y además había decidido estudiar en un programa reconocido y que contara con algún tipo de beca. La familia había crecido y los gastos se habían acrecentado en la misma proporción que la felicidad de tener a dos varones.

La oportunidad se presentó con la publicación de la convocatoria de una de las universidades más prestigiadas del país, que iniciaba su programa en educación y ofrecía una beca para estudios de tiempo completo, además de pertenecer al padrón de programas de excelencia. El reto no era sencillo, pero mi afición a la investigación había dado algunos frutos y podía armar una propuesta en el tiempo señalado.

Viajé en compañía de la familia en dos ocasiones. La primera para llevar mi documentación y asistir a la entrevista. La segunda para presentar mi examen de admisión.

Nunca me dejé llevar por el desaliento, ya que, en opinión de mis compañeros, había elegido una opción casi imposible. Cuando recibí la llamada en que me comunicaban mi aceptación en el programa, pegaba brincos de alegría.

Cerca de la que sería mi nueva universidad, vivía mi mejor amigo desde la licenciatura, Ernesto, un eterno soltero que habitaba en una casa muy grande con sus dos hermanas y sus sobrinas. Al enterarse de mi aceptación en el programa, de inmediato se ofreció a alojarme en su casa; en realidad esa parecía la mejor opción. Acordamos mi contribución económica, cosa que jamás aceptó, y tras despedirme de mi familia, episodio más doloroso de lo que había imaginado, me quedé en su casa... con amigos (o bueno, eso pensaba).

Había ocasiones en que me era imposible regresar cada fin de semana a ver a mi familia. Las clases terminaban hasta las nueve de la noche los viernes y, a veces, podía faltar a la sesión de la tarde y correr a alcanzar el autobús, pero muchos profesores no permitían que los estudiantes nos retirásemos antes, así que debía quedarme algunos fines de semana sin ver a mis hijos. Cuando así sucedía, las mujeres de la familia donde me hospedaba me atormentaban diciéndome que algo podía pasarles a mis hijos en mi ausencia, que eran demasiado pequeñitos, que debía pensar en que estaba perdiéndome su infancia.

La crueldad llegó a tal grado que una de ellas cuestionó frente a mí a su hijo pequeño: "¿Qué pensarías si me fuera a estudiar y te quedaras solito con tu papá?" El niño se abrazó a ella y le dijo: "¿Pero tú no lo vas a hacer, verdad?" En ese momento cogí mi maleta y me regresé a mi casa. Viajé toda la noche con sentimientos muy encontrados. Al llegar, entré decidida a abandonar los estudios. En casa no me esperaban, y después de explicar mi

decisión de no volver más, mi esposo, con mi equipaje en su mano y tras dejar a los niños con mi hermana, me llevó a la estación, compró dos boletos y se subió conmigo para emprender el viaje de regreso. En el camino me fue tranquilizando, me platicó lo mucho que él disfrutaba a los niños, lo bien que ellos estaban, lo hermoso que era platicar con ellos acerca de lo que su mamá estaba estudiando y lo orgulloso que estaba de nosotros. Su mejor argumento fue decirme cuánto me deseaba en esos espacios de ausencia. Terminé mis estudios, y estoy segura de que nada se entorpeció. Ellos son hoy dos jóvenes estables que, además, nos han llenado de satisfacciones.

CASTIGOS, RELÁMPAGOS Y TRUENOS

En casa, los castigos propinados a la irreverencia eran inimaginables. Uno de tantos recuerdos, de los más dolorosos, debió sucederme a la edad de cinco o seis años, cuando tuve conciencia del primero de muchos abandonos. Como en todas las casas antiguas, nuestro patio era inmenso, lleno de árboles y animales que hacían sonidos, a mi juicio, aterradores. Ese día había provocado el enojo de mi madre porque, para mi desgracia, además de principios de asma padecía enuresis (me orinaba en la cama).

Como en otras ocasiones, mi padre accedió a que me quedara a dormir a su lado. Por alguna razón, y como era común, mis padres habían discutido y mi mamá se encontraba especialmente molesta. No supe bien qué pasó, me despertaron sus gritos y con una violenta sacudida me levantó por los brazos de la comodidad de la cama, y así, colgando, me sacó de la casa. De pronto me vi sola en el patio, mojada aún con mis orines, llorando y tocando la puerta, con el miedo más espantoso que recuerde... No hubo concesión, acurrucada en la banca del comedor, escuche los ruidos de animales, hojas moviéndose en árboles con siluetas deformes, y muy pronto la lluvia y los truenos... fue una de esas noches de relámpagos y rayos que, hasta la fecha, prefiero pasar en casa cubierta con las cobijas hasta los ojos. Esas noches, después de estas remembranzas, las relaciono con esos momentos en que una pequeña de cinco años, somnolienta y mojada, empujaba con todas sus fuerzas el gran portón de madera atorado con la tranca... Quiero suponer que olvidaron que estaba recibiendo un castigo, pues con el tiempo supe que me metieron dormida y con frío.

La historia del patio se repetía continuamente, pero en ocasiones resultaba hasta divertida. Cuando por pleitos con Elizabeth el castigo era para ambas, transformábamos la sanción en una noche de cantos y cuentos, reíamos en la hamaca juntas, hasta que mi madre, cansada del bullicio, prefería desistir, y tras hacernos prometer que no volveríamos a pelear, regresábamos a la comodidad de la cama.

En mi primera infancia, desarrollé una gran capacidad para llorar. Mi llanto podía prolongarse toda una tarde, por lo que además de Negra, Renegrída y Cucaracha, me gané el mote de Llorona, con el cual me conocía hasta mi vecina. Pocas veces con mi llanto logré alguna atención o concesión, pero el asunto del patio y mi terror a las noches lluviosas, supongo, conmovieron hasta al más caradura.

Mi hermano Leonardo escuchaba mis gritos, que aumentaban con cada impacto del trueno. Sin aparente motivo, comenzó a provocar a Elizabeth con la finalidad de que a él también lo castigaran —esto lo entendí con los años—. El truco dio resultado y, cuando más apretaban los truenos y la lluvia, escuché que quitaban la tranca y, de un empujón, llegó a mi lado. Su cara era más de triunfo que de castigo. Esa noche conocí la solidaridad de un hermano que, sin muchos arrumacos, me explicó por qué llovía, la procedencia de los ruidos y la utilidad de las hierbas y los árboles, que tanto me amedrentaban, en el patio. Antes de quedarme dormida, mi madre decidió levantarnos el castigo. Este gesto por parte de Leonardo jamás se repitió ni logró que yo venciera el miedo a los rayos, pero decidí que así mantendría su recuerdo cuando él partió en forma prematura de esta vida.

A la hora de comer era común escuchar a mis hermanos divertidos con los recuerdos de mi torpeza: “La Negra no terminó la costura y la maestra le propinó sus buenas cachetadas, jajaja”; “acusé a la Negra con la maestra de que copió la tarea”; “la Negra se bañó y se durmió sin calzones y todos le vimos la mancha de india de las nalgas, jajaja”; “la puerca Negrita, en el recital, dijo

‘mansidumbre’ en lugar de masedumbre, jajaja”, “la Renegrída, como ganó el concurso de poesía, ahora pide la comida con tono de poeta”.

En la escuela primaria, mi compañera siempre fue mi hermana Elizabeth, cuatro años mayor que yo. Solíamos caminar juntas y subir una empinada loma que, de regreso, era una cómoda bajada, donde ella optaba por darme su mochila para ayudarme con la mía. Su “ayuda” consistía en darle una patada a mi bolsa y correr a esperarla al final de la bajada, mientras dejaba a mi cargo su mochila. Eso era algo que me divertía, aunque años después entendí que el truco era que yo bajara cargando con su mochila intacta.

Como estudiante, era floja, es decir, hacía el mínimo esfuerzo, era como si lo que allí se decía no tuviera para mí ninguna importancia, ni le encontraba relación con el mundo real. Podía, por ejemplo, pasarme una tarde completa coloreando mapas sin relacionar que se trataba de los contornos geográficos que delimitaban un territorio.

Elizabeth, por el contrario, siempre fue buena estudiante, por lo que las maestras, al iniciar el curso, siempre me la ponían de ejemplo, dando por sentado que yo era tan buena como ella. Cuando los profesores comprobaban que el parecido era sólo en nuestra delgada complexión, la mandaban llamar para darle quejas y recomendaciones, situación que se convirtió en mi mayor pesadilla y en su máximo placer.

Al término de cada jornada de clases, se aparecía en mi salón para preguntarle a mi maestra cómo me portaba. Como cada día iba peor que el anterior, ella disfrutaba llevándole la información a mi mamá o mantenía la amenaza de acusación como su fuente de poder: “Si no me haces caso hoy en todo lo que te mande, le digo a mi mamá”.

Durante muchos años, fui objeto de su manipulación. Cuando la mandaban por las compras, invariablemente me pedía que la acompañase. A ella, por ser mayor que yo, los abarroteros le daban

los paquetes, de modo que al salir de la tienda me pasaba la carga completa; ante mi negativa, ponía a prueba mi determinación al colocar en el quicio de alguna entrada todas las compras y alejarse sin voltear, advirtiéndome: "Allí se las van a robar, a ver qué le dirás a mi mamá". Yo me negaba a recogerlas, pero el miedo me obligaba a volver antes de doblar la esquina, no resistía y regresaba corriendo a buscar los paquetes.

Había algunos momentos alegres, como cuando Elizabeth, a la salida de la escuela, me invitaba platanitos con chile o mangos con chamoy. La alegría duraba hasta que, por mi torpeza, mi madre descubría residuos en mi boca o manchas de salsa en mi uniforme, por lo que, invariablemente, la culpa de la reprimenda era toda mía.

En alguna ocasión, ya estando en la adolescencia, invitaron a comer al jefe de mi hermana Leonor. Por supuesto, en los planes no estaba que yo ocupara un sitio en la mesa. Con esa hermana no se jugaba, era autoridad por encima de mi padre o de mi madre, porque con su salario aportaba al gasto familiar. Leonor fue tomándose atribuciones hasta lograr confundirme en cuanto a las responsabilidades de los padres y los hermanos en las obligaciones de mi crianza.

Cometí la imprudencia de pasar —según yo, de manera discreta— por el comedor. Las ganas de ir al baño me apremiaban, y tras pensar en un plan de acción que consistía en correr como un rayo y, de ser necesario, quedarme en el patio hasta que concluyera la comida, sin contar con que don Gastón, como escuchaba que le decían a tan mencionado señor, interceptaría mi carrera con un saludo inesperado: "¡Hola!, ¿y esta niñita también es tu hermana?" El saludo y la sonrisa condescendiente de Leonor me dejaron aterrada, parada en medio de la nada, esperando el regaño, el grito, el insulto. En su lugar, y para mi sorpresa, fui llamada a sentarme a la mesa. Yo no sabía ni cómo reaccionar, y el dolor de mi vejiga se fue agudizando. Sentía miedo de tirar el vaso, de salpicar con

la cuchara y, para no errar, sólo imitaba a los demás comensales. Al despedirse don Gastón, supe que la farsa había terminado e imaginaba la magnitud del castigo. En verdad no sabía bien qué había hecho, pero de seguro algo muy malo.

UN LECTOR EN FORMACIÓN

Tengo un nudo en la garganta, emociones encontradas. Jesús, mi hijo mayor, leerá el discurso de fin de ciclo escolar. Ha sido seleccionado por haber alcanzado la más alta puntuación en competencias de lectura. Me acompañan, como siempre, Natalia, Alfonso y Lía. No ha querido que intervenga en la redacción de sus palabras: “Luego le pones palabras que ni entiendo, mamá. Verás que tengo una sorpresa”.

Comienza a leer pausado, con su vocecita de un niño de cinco años. Los nervios me atacan y comienzo a mordermelas uñas, me repito: “No soy yo ni será objeto de burlas”. Parece adivinar mi pensamiento y me sonrío plantado, seguro. Aliso mi falda y me dispongo a gozar su momento. Ha practicado con su padre: “Me pidieron escribir sobre la persona más importante para mí, y es ella —me señala con una gran sonrisa—. Mi mamá me lee desde que era pequeño, a veces se inventa las historias y hace como que lee para que yo las entienda. Ahora me doy cuenta porque ya sé leer. Ella las hace divertidas y se mueve como los personajes. Aunque lee para mi hermano y para mí, a mi papá le gusta quedarse. Quisiera leer más de prisa para, un día, poder leer todos esos libros que hay en la casa y también escribir sobre suspenso y la magia. Por ahora, mi maestra me dejó leer lo que escribí, porque ella dice que si leemos, también podemos escribir y pensar mejor. Gracias, maestra”.

Natalia, Lía y yo cruzamos las miradas con los ojos llorosos; siempre nos sucede lo mismo. Aplausos, aplausos, besos, ¡bienvenido a la primaria, mi cielo!, ¡vamos todos a casa por esos espaguetis!

ADIÓS A LA CASA QUE NUNCA FUE LA MÍA

Mi peso a la edad de once años alcanzaba apenas los veintiocho kilos, por lo que mi papá procuraba consentir mis gustos en cuanto a comida. Sentía especial deseo por el jamón y el pan Bimbo, alimentos que, para la economía familiar, implicaban todo un lujo. El disgusto comenzaba cuando dejaba la comida intacta. Odiaba los caldos; detestaba la carne por lo mucho que había que masticarla; el olor de los blanquillos en el Choco-milk me daba asco, por lo que terminaba sentada mucho después de la hora de comer, castigada sin poder levantarme de la mesa, con el caldo frío o el puchero encebado.

Mi padre, preocupado por mi extrema delgadez, salía a hurtadillas a gastarse en mi platillo favorito una parte significativa del dinero destinado al sustento diario, lo que provocaba fuertes discusiones con mi madre y el resto de la familia. Gran parte de la animadversión recibida fue por la visible preferencia que mi padre sentía hacia la hija que nació en su edad otoñal.

Desde los doce años, tenía muy claro que sería doctora, o posiblemente química. Pero los planes para mí ya estaban decididos: sería secretaria como todas mis hermanas mujeres, que era lo común en esos tiempos. Lo importante era la formación de los hijos varones, pues ellos tendrían algún día a su cargo la responsabilidad de una familia; así que al terminar la secundaria y antes de cumplir los quince años, mi hermana Leonor decidió que yo debía cursar mis estudios secretariales en la misma institución donde ella había obtenido su certificado como contadora

privada con secretariado en español. El poder de decisión en ésta y otras trascendentales ocasiones se lo daba el haber asumido la responsabilidad económica del sostenimiento de la casa, a raíz de que mi padre enfrentaba una enfermedad fulminante que le impidió llevar una vida plena.

La cuestión era que mi negativa a seguir sus pasos sobrepasaba los límites de mi soberbia: “¿Cómo es posible que esta maldita Negra quiera estudiar prepa? Ninguna de nosotros ha tenido esas pretensiones”, se quejaba Leonor desolada.

Tras hablar con mi papá y ver su mirada triste por no poder hacer demasiado, llegamos a un pacto. Estudiaría en la academia comercial, pero no en la que mi hermana había elegido, sino en una cercana a la prepa privada, adonde pudiera llegar a tiempo al salir de la academia comercial. Él me apoyaría con las colegiaturas, hasta donde le fuera posible. “Probaremos —me dijo—, tengo fe en que lo vas a conseguir.”

Los años en la prepa fueron difíciles. En las mañanas, muy temprano, tomaba mi máquina de escribir con rumbo a la academia. Estudiaba taquigrafía, gramática, inglés y lecciones propias de recepcionistas, con el objetivo, ajeno a mis intereses, de conseguir mi flamante título de Secretaria Ejecutiva Bilingüe. Contaba con el tiempo justo para cambiar un uniforme por otro y correr a la prepa, que quedaba a escasas cuerdas de la academia.

Mis calificaciones eran notables en la carrera comercial y mediocres en la preparatoria, por lo que en mi segundo año, y con el apoyo de una de las compañeras de la prepa, cuyo novio era un funcionario de alto rango en el gobierno, logré obtener mi primer empleo. Eso implicaba dos cosas: mi emancipación económica y la oportunidad de dejar la academia.

Las palabras y los gestos comunes de enojo y desprecio resultan insuficientes para describir la forma en que mi hermana Leonor reaccionó ante lo que ella interpretó como un desafío, el cual, años más tarde, me haría pagar muy caro.

Mi voluntad era férrea, así que, con la ayuda de quien sería mi jefe y su flamante novia, logré obtener mi filiación y registro federal de causantes a los dieciséis años y comenzar de manera prematura una vida de burócrata, contando recibos como auxiliar de contabilidad en el gobierno del estado. Mi sueldo quincenal, además de cubrir los gastos de mi colegiatura, me alcanzaba para comprarme por primera vez ropa y zapatos. Mi padre y yo lo celebramos mucho, hablábamos bajito para no provocar ni importunar. Le contaba mis planes, mis días de trabajo, lo que sucedía en la oficina. Cuando se me ocurría ofrecerle algún dinero, invariablemente me lo devolvía y agregaba: "Ya me has ayudado bastante pagándote tus estudios".

Los maltratos eran sistemáticos, por lo que prefería pasar el mayor tiempo posible con amigas que conocían el infierno que me esperaba a diario. Al volver a casa, siempre había una acusación nueva y los ojos inyectados de rabia de Leonor, que nunca perdonó mis rebeldías: cuando no se le desaparecía el maquillaje, me acusaba de robarme sus revistas, de hurgar en sus cosas, de usos indebidos del teléfono. A diario pisaba en arenas movedizas y lo sabía; en ocasiones optaba por callar para no mortificar a mi padre, pero dentro de mí el rencor crecía.

Había en especial una práctica cruel que Leonor realizaba antes de Navidad: la renovación de su vestuario. Llamaba a todas mis hermanas a su alrededor y comenzaba a colocar en su cama vestidos, zapatos, bolsas, maquillajes y demás objetos para repartirlos entre todas. Yo esperaba con ilusión mi nombre y veía angustiada como iban desapareciendo los mejores; al final me miraba con una sonrisa condescendiente y me daba una blusa demasiado grande o unos zapatos que obviamente no eran de mi medida.

Desde los dieciséis años tenía, bajo la cama, preparada mi maleta, inmensa y lista para partir en cuanto obtuviera mi certificado de prepa.

Llegada la fecha, tenía la ilusión de iniciar una nueva vida con Clarita, mi hermana que vivía en la capital, casada y con dos niñas. Ella me recibiría, seguro que sí; allá estudiaría medicina o tal vez sería dentista.

A mi graduación de la prepa no llegó nadie. Mi padre, que hubiera sido el acompañante ideal, había estado delicado de salud, por lo que llegué a la misa completamente sola, enfundada en mi vestido largo más al gusto de Leonor que al mío o al que estaba de moda. No importaba nada, la fecha de partir estaba muy cerca.

A la fiesta, por supuesto, acudí con mis amigas y compartí la mesa con sus familiares. La soledad y de nuevo esa sensación de abandono hicieron de la suyas, por lo que les propuse a todos mis compañeros irnos a la disco (así se nombraba antes a los antros). Por primera vez bailé y tomamos cervezas; me sentía libre, contenta y hasta hermosa. Supongo que lo reflejaba, porque ese día recibí mi primer beso del compañero por el que durante todos esos años viví suspirando. Pero las horas son enemigas de la diversión, y cuando constaté lo avanzado de la noche-madrugada, pensé que todo había valido la pena, sin prever lo que me esperaba.

Desde fuera se oían los gritos: "¡Siempre les dije, ella sería una perdida. Éstos son los resultados de la consentidera de mi papá, sabe Dios dónde le amaneció!", gritaba desaforada Leonor. Mi amiga, envalentonada por las copas, decidió que era hora de cobrárselas y ambas enfrentamos en las escaleras a una hermana descompuesta por el desvelo y la rabia.

Sucedió lo inevitable con mucha rapidez, y sin el pleno dominio de mis cinco sentidos, tomé mi maleta y, con la ayuda de Normita, mi entrañable amiga, decidí comprar mi boleto y adelantar mis planes hacia lo que sería mi nueva vida.

Por la escalera íbamos contestando insultos, al tiempo que nos reíamos a carcajadas por nuestro atrevimiento. Entre las cosas más dolorosas que Leonor me gritaba era que mataría a mi padre con mis disgustos: "¡Mi papá!", le dije a mi amiga soltando la maleta.

Normita rodó escaleras abajo por el peso de la misma, pero afortunadamente sin más daño que el susto. Comprobé que estaba bien y corrí a despedirme del único ser que merecía mi amor, mi admiración, mi cariño y mi respeto en esa casa que nunca fue la mía.

Estas son las palabras que recuerdo: “Confía en ti. Siempre supe que así sería, y lo vas a lograr. No vayas a México porque tu hermana Leonor ya se comunicó con Clarita y la amenazó con que si te recibía, aquí no podría volver ni de vacaciones. Sigue tu camino, hijita. Ve al pueblo donde vive tu otra hermana, aquí te anoté la dirección. Su esposo, el maestro, es muy consciente y seguro te reciben. Lamento no poder hacer más, y más lamento que sólo pueda darte estos cincuenta pesos...” Nos abrazamos y escuchábamos los insultos que iban y venían entre Normita y Leonor. Tomé el dinero, lo apreté con fuerzas y corrí escaleras abajo. Tenía la esperanza de que ésa sería la última vez que escucharía insultos, gritos y vejaciones.

MI ESPACIO, MI PAZ

Los gritos despiertan a Nicolás. Hoy hubo suerte, los niños, rendidos de jugar, están en un sueño profundo y no me escuchan. A pesar de la suavidad con que Nicolás pretende devolverme a la vigilia, despierto sobresaltada, empapada en sudor, aterrada.

Ya despierta, aún no logro controlar mis sollozos, mientras le relato mis pesadillas. Mientras voy narrando, mantiene su abrazo y me dice bajito: "Ya pasó, sólo es un sueño, ya pasó".

Llego a mi casa, la vieja casona de mi infancia, pero no la habita nadie. ¿A dónde se fueron todos? ¿Por qué nadie me avisó? Y ahora ¿qué haré?, no tengo a dónde ir, ¡Tengo mucho frío!

En otro sueño recurrente subo a un taxi para ir a casa. Cuando el chofer pregunta: "¿A dónde la llevo?", no tengo una dirección que darle.

Otras veces los sueños se convierten en terribles pesadillas. Llego a mi viejo caserón y mi padre ya muerto, muy pálido, está allí, solo, abandonado, sentado en su viejo sillón. Sé que debo quedarme con él, pero no puedo porque la casa y él mismo me asustan mucho, no sé qué hacer porque no tengo a dónde ir.

En algunos más, me veo asomada por una ventana alta, cogida de las protecciones de fierro, acechando desde fuera la fiesta de Navidad. Observo cómo se reparten los regalos entre mis padres y hermanos. Desde la ventana veo la comida, los adornos y mis manos no resisten más. Siento frío y comienza la tormenta de truenos y relámpagos... Ésos son mis gritos, éstas son mis noches.

Afortunadamente, hoy despierto en casa, nuestra casa, ésta que ha construido Nicolás para nosotros. Un hogar donde nuestras

recámaras están en el centro para no escuchar los truenos cuando llueve. Una casa llena de rincones especiales, entre ellos el estudio, un amplio salón con vista a un terreno de los que ahora llaman "reserva natural", un lugar que Nicolás me construyó para exorcizar mis miedos. Junto al estudio, en un entarimado de madera, está empotrada una confortable tina de baño. Ese lujo se llevó todo un aguinaldo, pero en ella se disfruta el cielo, literalmente, porque su techo es un domo transparente que permite contemplar el firmamento. En mi caso, sólo cuando no amenaza la lluvia con sus terribles relámpagos y truenos.

Otro espacio muy especial es una sala de música. Nuestros dos hijos tocan guitarra, son roqueros de la vieja guardia, por lo que en noches incontables conciliamos el sueño al ritmo de ACDC, Aerosmith o Nirvana.

Nuestra casa es hermosa, relajante, curativa y muy difícil de abandonar.

COMENZANDO A PERTENECER

De camino a la capital, para después continuar rumbo al pueblo de San Roque, donde vivía mi hermana Natalia, me percaté de que nunca había salido de viaje. No conocía la ciudad, no tenía la menor idea de cómo trasladarme y, de pronto, tuve miedo, frío, y otra vez se adueñó de mí esa sensación de soledad y abandono a mis recién cumplidos diecisiete años.

Llegamos muy temprano a la ciudad. La maleta pesaba tres veces más que yo, pero tenía la sensación de ser portadora de una fuerza descomunal, así que pregunté dónde se tomaban los camiones que me llevarían a San Roque.

Una vez en el camión, no tenía ni la menor idea de cómo sería el lugar, y puesto que hacíamos paradas continuas, no me percaté de cuando pasamos por mi destino, hasta que comencé a dudar, pues llevábamos demasiadas horas de camino.

El chofer se había fijado en que viajaba sola y sólo quedábamos pocos pasajeros, por lo que a mi pregunta por la localización del pueblo, sonrió y me dijo que hacía más de siete horas que lo habíamos dejado, pero que en unas cuantas más llegaríamos al Norte, cerca de la frontera, y que allí él me hospedaría para que muy temprano, al día siguiente, tomáramos el camino de regreso.

No pude expresar palabra alguna. El corazón me latía con fuerza. No llevaba demasiado dinero y me daba cuenta perfectamente de las intenciones del chofer, así que volví a mi asiento y me solté a llorar. Una señora muy humilde, con dos niños pequeños asomó su cabeza y me explicó: "Yo llego hasta el siguiente pueblo. De

allí te digo qué camión te lleva de regreso, no te asustes, baja conmigo". Así lo hizo, y en el próximo pueblo exigió su parada y bajamos juntas. Ella con sus niños y yo con mi enorme valija.

Esperamos juntas el camión de paso y me embarqué, encargándome con el chofer: "Es mi sobrina —le dijo—, se la encargo mucho. Avísele, por favor, al llegar a su destino, porque se distrae mucho".

Por fin llegué a mi destino. El chofer gritó mi parada y bajé con prisa. Había viajado toda la tarde, la noche y la mañana del día siguiente, sentía hambre y las fuerzas comenzaban a abandonarme. El lugar era verdaderamente feo, árido, polvoso, como las películas de vaqueros. Vendían gelatinas y, sentada en mi maleta, probé mi primer alimento desde mi salida.

Con el dinero que me quedaba, tomé un taxi. Le extendí la dirección al chofer y, entre calles de piedra, me dejó a las puertas del edificio. El piso era el quinto y mi agotamiento, notable. Subía cada tramo arrastrando mi maleta, quería gritarle a mi hermana, quería pedir ayuda, sentir una buena mirada, un techo y, ¿por qué no? un buen abrazo... En cambio, se asomó por la ventana una persona del servicio doméstico, mal encarada, que se negó a abrirme la puerta alegando que no había nadie en casa. Por más que le aclaraba mi parentesco con los señores, lo único que logré fue que me diera la dirección donde ellos trabajaban. Literalmente, no podía más, así que me quedé en las escaleras llorando mi impotencia.

Así me encontró mi cuñado al llegar. "¡Morena! —me gritó desde unos pisos abajo—. ¡Ven, mujer! —llamó a Natalia, mi hermana—. ¡Mira quién está aquí!" Abrió la puerta, tomó mi maleta y fue la entrada a una nueva vida, una vida llena de cariño, respeto, pertinencia, apoyo y tolerancia. Una vida, eso... simplemente, ¡una vida!

Natalia lucía un poco asustada porque había recibido la misma llamada amenazadora que Clarita, pero mi cuñado no se amedrentaba con facilidad y estaba resuelto a enfrentar lo que viniera:

“Come —me dijo—, sé bien lo que es sentir hambre”. Años más tarde nos reiríamos juntos al recordar esa frase.

Lo primero que hicimos fue llamar a mi papá. No hablé con él, pero escuchaba a mi cuñado Alfonso prometer que se haría cargo. Enseguida comenzaron los planes. Alfonso siempre ha sido un ser extraordinario, pero su mayor atributo es el amor por los libros, por ello su primera preocupación fue saber a qué carrera me pensaba inscribir. Yo apenas estaba tomando conciencia de mi nueva vida, por lo que la palabra decidir, no era frecuente en mi vocabulario. “Medicina —le dije—, eso quiero...” Con ese dato, y antes de cualquier cosa, se comunicó con sus amigos profesores y me trajo la triste noticia de que el examen de admisión de la mayoría de las carreras de ciencias de la salud había concluido, y sólo quedaba la opción de psicología, y eso porque acababan de regresar de un paro donde habían tomado las instalaciones durante más de un mes.

Psicología no estaba en mis planes, pero no importaba demasiado, y mi cuñado me habló maravillas de la Facultad: revolucionaria, innovadora, marxista. Poco o nada entendía de esos términos, pero logró contagiarme su entusiasmo y al día siguiente estábamos en la ciudad hablando con el director, que resultó un tipo agradable con jeans y pelo largo, afable y compañero de andanzas de mi cuñado y mi hermana.

Debía presentar examen de conocimientos, acudir a una entrevista y tomar un propedéutico. Mi cuñado, sin vacilaciones, se convirtió en mi mentor y me recetó los primeros de muchos libros de filosofía, psicología y educación (esta última no venía en el temario, pero era su fuerte y no podía prescindir de esa bibliografía).

Tenía poco tiempo para prepararme, por lo que dedicábamos la sobremesa a comentar los textos. Por él conocí a Martha Harnecker, a Sigmund Freud y las teorías de la reproducción. Entendí, por ejemplo, que aunque nacemos iguales y todos desnudos, las condiciones materiales nos hacen diferentes. Me contó con

paciencia el abuso de los poderosos contra las personas menos afortunadas, y como yo lo había vivido en carne propia, comenzó a gustarme lo que supuse sería mi carrera.

El día del examen me levanté muy temprano. Estaba terminando de desayunar, cuando escuché a mi hermana llamando a gritos a mi cuñado: “¡La niña se está convulsionando!” Corrimos al cuarto, y mi sobrina, la única de cuatro hermanos, sufría un ataque epiléptico, por lo que sin pérdida de tiempo, en el asiento trasero del automóvil, la llevamos al hospital. Me tocó ir con ella, cuidando de que no sufriera daños ni se mordiera los labios. No sé si la responsabilidad, el cuidado y el dolor que me causaba sentirla en mis brazos indefensa a sus cinco años, me generó el amor incondicional que hasta el día de hoy le profeso.

El diagnóstico fue que la niña había sufrido un ataque único y sin secuelas de tipo neuronal, cuadro que sólo se presentaba en uno de cada cien niños. Para nuestra alegría, nunca más se repitió y hasta hoy goza de una salud de hierro. Inteligente, jocosa y solidaría, así creció mi querida Lía.

Dos días después acudimos a la Facultad a explicar las razones por las que no me presenté al examen. Antes de terminar con las explicaciones, ya estaba en un salón, rodeada de entusiastas estudiantes representantes de la Sociedad de Alumnos que calificaban los exámenes y que serían los encargados de aplicarme las pruebas de ingreso.

Al entregar mi hoja de resultados, allí mismo comenzaron a calificar mis respuestas. “¡Mira lo que puso en los tres estadios de la psique: primario, secundario y terciario, jajajaja!”, se reían entre ellos, y así uno a uno celebraban mis errores, sin colocar la calificación en la prueba. Yo los veía muy seria, ya que me sentía objeto de sus burlas. “Puej si no ejtan bien las rejpuestaj, táchenlas, pero no se burlen”, atiné a decirles en mi más natural léxico. Enseguida se me acercó el más simpático de ellos. “¿De dónde eres?”, me preguntó. “Del Surejte”, le dije. Comenzó a remedarme: “¿Del

Surejte?”, y allí comenzó una hermosa relación que, por supuesto, me sirvió en primer lugar para obtener un bonito nueve en mi examen de conocimientos. Y, una vez aceptada, para relacionarme con los estudiantes más destacados de la Facultad de Psicología.

Inicié mis clases casi enseguida, me sentía feliz, renovada, plena. Supe, por ejemplo, lo que se sentía ser escuchada. En mi nueva familia y en la Universidad, mis opiniones eran importantes.

En una ocasión escuché la forma en que mi hermana y mi cuñado estiraban al máximo el presupuesto integrándome en su lista, y supe de los malabares que hacían para considerarme en sus gastos. Tenía cuatro sobrinos pequeños, y una nueva integrante por cursar estudios universitarios no era cosa sencilla. “A ver —le decía mi hermana—, de sus pasajes por día es tanto, más su comida, porque debemos considerar que tome sus alimentos. Debemos comprarle suéteres porque hace mucho frío.” Él anotaba y separaba el dinero en sobrecitos. Yo cerré la puerta con sumo cuidado para que no se percataran de que los había escuchado. Sentí una mezcla de emoción, ternura, y un profundo agradecimiento que guardo hacia ellos hasta el momento en que escribo esta historia.

AVES NEGRAS CRUZAN EL CIELO

A la vuelta de seis meses, sucedieron dos cosas: en la escuela me volví popular porque leía mucho y por mi acento de costeña que llamaba la atención, así que experimentaba los mejores años de mi vida. Para completar mi felicidad, nos llegó el anuncio de que mi padre vendría de visita, aunque acompañado por mi madre. La felicidad de su arribo pronto se convertiría en una de mis vivencias más dramáticas.

Cuando nos vimos, su primer comentario fue que me veía diferente, embarnecida me dijo, y me abrazó. Lo noté cansado y comentó que desde su llegada sentía el estómago revuelto. Pensamos que era consecuencia del ajetreo del viaje.

Pasamos una tarde rodeados de las risas de mis sobrinos y las atenciones de mi hermana. No se volvió a quejar de malestar alguno y hasta enseñó a los niños a darse maromas en el colchón. Las horas no me alcanzaron para ponerlo al día. Le contaba atropelladamente acerca de mis profesores, mis amigos, mis aventuras. Mi padre siempre tuvo una gran cualidad que ninguno de sus hijos heredó: escuchar con atención, al grado de que nos hacía sentir que no había ser más importante y asunto más trascendente que el que cada uno de nosotros le planteaba.

Estaba muy orgulloso de cada uno de nosotros, pero yo sentía una conexión especial —es casi seguro que cada una de mis hermanas diría lo mismo—, nadie como él para compartir nuestras risas o enojos según la conversación.

Ese día nos dormimos tarde, parecía querer aprovechar cada segundo. Mi clase era muy temprano y salí tratando de no hacer

ruido, pero lo encontré sentado sin color en los labios. Mi madre le aplicaba unguento en el brazo y decía que había dormido mal y que pronto estaría aliviado con el efecto del medicamento.

Lo abracé y le dije que volvería pronto, sólo dos clases y estaría de vuelta... Sería la última vez que lo vería, la última vez que tendría esa sonrisa complaciente, esa mirada entre serena y triste. "No te acobardes", le dije jugando, pues era su frase de aliento ante cualquier dificultad.

Iniciaba mi noviazgo con Manuel, compañero de la Facultad por quien me sentí cautivada por su inteligencia, además de sus hermosos ojos. Era usual salirnos de las clases para aprovechar el tiempo juntos, puesto que yo viajaba a diario desde el pueblo hasta Ciudad Universitaria. La última corrida de los camiones era alrededor de las ocho de la noche y mis clases terminaban una hora antes, por lo que no podía quedarme después de clases a gozar el recién iniciado romance.

Esa tarde-noche entregaban el nuevo liderazgo de la Sociedad de Alumnos a Manuel, por lo que me rogó acompañarlo a la celebración. En casa no había teléfono, pero había otros compañeros que viajaban como yo al pueblo, entre ellos un vecino con quien mandé el recado de que estaría al día siguiente muy temprano. No había motivo de preocupación, mi papá tenía planeado pasar una larga temporada con nosotros y me sentía verdaderamente obligada a participar del triunfo de Manuel.

Como toda joven, en el festejo me olvidé de cualquier preocupación, disfrutamos la gloria de haber vencido y caímos dormidos todos en la vieja casa que mi novio compartía con otros seis compañeros. Habíamos cantado hasta el amanecer música de protesta y el tiempo se nos fue conversando de lo cerca que veíamos la realización del sueño compartido de lograr una Latinoamérica unida.

Manuel había planeado acompañarme hasta el pueblo muy temprano. Iría a conocer a mi padre, a gozar de sus anécdotas, y si lo veíamos pertinente, a formalizar la relación para demostrar

que la cosa iba en serio. Unos golpes y gritos muy fuertes nos despertaron: “¡Abran!, ¡abran rápido, por favor!” En un santiamén nos pusimos de pie. A bocajarro, Luis, un amigo de Manuel, me soltó la noticia: “Llamó tu cuñado, que te vayas al hospital San José. A tu padre le dio un infarto y acaba de fallecer”.

Negros pájaros surcaron el cielo (así me escribiría días más tarde el mismo que me soltó la noticia, en una carta posterior de pésame y disculpa por su falta de tacto).

Soy gritona y no reaccioné, soy llorona y no acudieron las lágrimas a mí, soy dramática y sólo me invadió un absoluto silencio. En la casa de Manuel todo era movimiento, un vaso de agua para el susto, un chal para el frío. “Yo los llevo”, reaccionó Lorena. De pronto íbamos todos hacia el hospital, apretujados, en silencio. Manuel me abrazaba como esperando el desasosiego que no llegó, que nunca llegó.

En la puerta estaba mi cuñado. Me aparté de Manuel y entramos a la habitación. Mi madre lo tenía tomado de la mano. Natalia lloraba en silencio. Me acerqué despacio para no importunar, veía su cara serena sin color en los labios y sus uñas moradas. Quería alejarme de allí, correr y desaparecer, en cambio me quedé a su lado. No sé cuánto tiempo pasó, hasta que mi cuñado nos dijo que era tiempo de preparar su cadáver para trasladarlo. No recuerdo demasiado, sólo fragmentos de lo que supongo era un dolor tan profundo que superaba cualquier sufrimiento vivido.

Cuando salí al pasillo del hospital, Manuel seguía sentado. Corrió a mi lado y yo era un témpano de hielo. No quería su presencia ni sus abrazos, su compañía me estorbaba, no sabía cómo actuar ni qué decirle. Supongo que así se vive la culpa. Pensé en las horas que perdí por estar a su lado, maldije el momento en que decidí quedarme. Yo celebrando, y mi padre muriendo. “¡Lo vas a matar de un disgusto!”, recordaba la sentencia de Leonor. Más tarde sabría que fue poco, comparado con la manera como más adelante me lo reprocharía.

Aun cuando Manuel no sabía que todo había terminado, mi rotunda negación a que me acompañara en el largo viaje de regreso a mi tierra, detrás de la carroza de mi padre, lo hizo suponer que algo se había roto entre nosotros de manera irremediable y sólo me entregó un sobre con varias cartas de compañeros que me hacían llegar su pésame.

A nuestro arribo nos esperaban todas mis hermanas, pero sobre todo Leonor, quien antes de cualquier saludo comentó en voz alta que mi papá sólo había ido a encontrar su muerte, pues el viaje y el cambio de presión le provocaron el infarto. En su voz había dureza, pero con una dedicatoria especial.

Una vez que sepultamos a mi papá, Leonor, sin pérdida de tiempo, se dirigió a mi cuñado Alfonso para hablar de mi caso y anunciarle que no regresaría con él, que en adelante ella quedaría como representante de la familia y debía mantenernos unidas.

Era indescriptible el miedo y la impotencia que sentí. Miraba a mi cuñado y caminaba detrás de él sin soltar mi maleta que, en realidad, nunca deshice. Alfonso decidió no discutir el punto y comenzó a subir el equipaje de todos. Para mi tranquilidad, en la carga iba incluido también el mío. No hubo despedidas ni buenos deseos, simplemente emprendimos camino. Todos iban devastados por la pérdida del maravilloso ser que fue mi padre. Yo, para ser sincera, nunca tuve tiempo de sentir su muerte. Sólo me invadía una rara mezcla de tristeza y felicidad.

¿APOSTAMOS?

Después de su muerte comenzó mi obsesión por el trabajo, la ocupación, la responsabilidad, el exceso. Pensaba que si iba un paso adelante, nunca más me pasaría nada. Me entregué con ahínco a la escuela; la lectura se convirtió en un bálsamo para no pensar en la ausencia de mi padre.

La carrera me gustaba mucho y pensaba ejercer como psicóloga clínica, por lo que las lecturas de Freud y el psicoanálisis —que además era la corriente predominante en la Facultad— absorbían gran parte de mi tiempo. Mi perfil parecía muy claro hasta que, en una ocasión, los estudiantes salimos de prácticas de estudio rumbo al psiquiátrico de Guanajuato, famoso por lo ortodoxo de sus tratamientos y, además, atendido por egresados de mi Facultad, quienes abrazaban como su principal filosofía la antipsiquiatría y el trato humanitario hacia los internos.

Los pacientes andaban libremente en el patio, excepto quienes habían perdido por completo el contacto con la realidad, ellos eran ubicados en la sala “amarilla”, aislados del resto de los internos.

Como siempre, me entretuve en la lectura y no me percaté de que todos habían bajado del autobús reunidos en pequeños grupos, como nos lo había recomendado el titular de la asignatura. Entré con mi credencial y, al dirigirme al pabellón “amarillo”, uno de los enfermos comenzó a perseguirme por todo el patio. Corría desaforado gritando: “¡Eres mía!, ¡eres mía!”, y su aspecto era francamente terrorífico; iba desnudo, sin cabello, sin dientes, con marcas en la piel y una tonalidad pálida en extremo. Corría tras de

mí sosteniendo su pene y su tono de voz se elevaba a medida que se acercaba. Llena de miedo, sorpresa y algo de repulsión, sólo se me ocurrió regresar al portón por donde había encontrado el libre acceso. Para mi desgracia, a la reja le habían colocado el candado, por lo que después de forcejear con el interno unos minutos, que me parecieron eternos, acudieron en mi ayuda enfermeros corpulentos que, en cuestión de segundos, lo sometieron para llevarlo de regreso al pabellón amarillo, de donde —me explicaron— se había escapado.

Allí terminó mi vocación por la clínica. Al día siguiente estaba haciendo la fila en servicios escolares para solicitar mi cambio al área educativa, especialidad que ejercería sin sobresalto hasta la ocasión en que esto escribo.

Mi emancipación total llegó dos años antes de concluir mi carrera. La mayoría de mis compañeros compartían departamento o vivían en casas de asistencia, por lo que rogué, argumenté y le supliqué a mi hermana que me dejara radicar en la capital y viajar todos los días muy temprano al pueblo para asistir al trabajo que mi cuñado me había conseguido en la misma escuela en que ellos laboraban. Ese empleo, por cierto, me redituaba suficiente para sostener mis gastos, aunque nunca dejé de recibir por parte de ellos mi sustento. Además, por una risible suma, mi cuñado me cedió su primer automóvil, un Renault 13 color mostaza al que mis hermanos apodaban la Lata por los sonidos que su carrocería emitía.

Conseguir el permiso para mudarme no fue tarea sencilla, juré, prometí y di garantías de mi comportamiento, hasta que por fin conseguí autorización de mi hermana para hospedarme en una casa de asistencia. Por primera vez tuve mi propio cuarto y derechos inimaginables que, a mis veintiún años, disfrutaba enormemente.

Meses más tarde comenzó nuevamente la negociación con mi hermana para que me permitiera mudarme con mis amigas. Yo había aprendido los placeres de la independencia, y al menos tres o cuatro veces por semana amanecía en la casa de mis amigas, ya

fuera por los efectos de las parrandas o por los fallidos intentos de estudiar para un examen.

En esta ocasión, obtener el permiso fue mucho más sencillo. En el fondo, Natalia sabía que sólo cumplía con las formalidades, pero que desde hacía algún tiempo ejercía la gobernanza de mi vida.

Llevar mis pocas pertenencias a la casa de mis amigas fue muy emocionante. Mi cuarto ya estaba asignado. Entre música y cervezas celebramos mi llegada; ese mismo día conocí al hombre que marcó por muchos años mi vida.

La cerveza se terminó con demasiada rapidez, pues los compañeros de clase, al enterarse de mi nueva condición de emancipada, decidieron sumarse a los festejos, y al ser la única propietaria de un automóvil y por mi sobriedad, se me asignó la misión de salir por una nueva dotación. De regreso, venía con dos bolsas en las manos llenas de cervezas y botanas, lo que me dificultaba cerrar el coche. Meter la llave en la cerradura (en ese tiempo no existía el control remoto) me estaba resultando un poco complicado. De pronto, unas manos grandes y morenas tomaron la carga y me ofrecieron su ayuda.

Los vecinos del departamento de arriba eran estudiantes de una de las escuelas privadas más famosas del país, jóvenes adinerados con cuerpos musculosos y caras de muñecos retocados. Al menos ésa fue la descripción que les di a mis compañeros cuando Sebastián —así se llamaba nuestro guapo vecino—, dejó “el encargo” sobre la mesa. En esa primera ocasión sólo cruzamos dos o tres palabras, todas relacionadas con temas triviales de vecinos.

Días después, al regresar de la Facultad me percaté de que había olvidado las llaves. La noche en verdad estaba preciosa, por lo que me quedé esperando recostada en la barda del edificio a que llegase alguna de mis compañeras. Absorta en disfrutar el cielo y las estrellas, no me percaté de la llegada de Sebastián. Regresaba de jugar basquetbol con sus amigos y, en lugar de subir a su

departamento, vino hacia mí, e imitando mi postura se acostó de manera que nuestras cabezas quedaron encontradas. Él era así, espontáneo, ingenuo, casi infantil.

Conversamos de muchas cosas, de mi forma de hablar, de la noche, de lo raro que resultaban los cielos estrellados, de la música, de nuestras carreras. Al final nos quedamos conversando hasta muy tarde como buenos amigos. La noche refrescó de repente, mis amigas no volvían y me invitó a subir a su departamento. Por supuesto, me negué y, entonces, se ofreció a traerme una sudadera, que fue el pretexto para vernos una y otra vez.

Si el concepto de flechazo tiene una connotación, se aplica a lo que sentí desde el momento en que lo vi. Su cuerpo era hermoso, esculpido a base de disciplina deportiva, sus ojos negros y grandes, herencia de una familia de moros. Por supuesto, entre mis amigas no era la única prendada de su atractivo. Por si fuera poco, Sebastián era caballeroso, sonriente, educado y muy sociable, por lo que todas sentíamos ser el centro de sus atenciones. La cuestión se resolvería de una forma muy sencilla: una apuesta. En menos de una semana alguien debía conquistarlo y demostrar la primacía de sus preferencias frente a todas, llevando "el trofeo" a nuestro departamento.

La oportunidad surgió una semana más tarde, cuando al meter la llave para entrar a casa, una pelota de basquetbol rebotaba desde el segundo piso justo en mi cabeza. El golpe y el dolor me hicieron caer, además de lanzar el consiguiente grito. Sebastián bajó las escaleras de tres en tres. Sin pérdida de tiempo, me levantó en vilo suplicándome que lo disculpara y ofreciéndose a llevarme cargada hasta el interior de mi departamento. Se quedó hasta cerciorarse de que todo estaba bien. Me procuró todo tipo de cuidados ante el asombro de mis compañeras que, con gestos y señales de victoria con las manos, me otorgaban el triunfo indiscutible.

Mi relación con Sebastián fue apasionada y tortuosa. Era el primer amor serio que tenía en mi vida, por lo que me volví posesiva

y celosa. Él me prodigaba todo tipo de detalles y muestras fehacientes de su fidelidad. Se me declaró a la vieja usanza, con una rosa en la mano y de rodillas frente a mí.

A pesar de que jamás destaqué por mi belleza, el don de la palabra y otros atributos compensaban mi falta de hermosura. Sebastián y yo podíamos pasar encerrados en su departamento o en el mío todo un fin de semana sin ver la luz del día. En cuestión de amores, su ingenuidad resultaba su máximo atractivo. Ambos aprendimos a amarnos y a experimentar una sexualidad sin culpas, de tal modo que nunca he puesto en duda lo importante que llegué a ser en su vida.

Su familia y la mía aprendieron a ubicarnos como una pareja inseparable. En vacaciones él venía a mi casa o yo me cambiaba a la suya, pero nunca separados. Por la ascendencia notoria de su alcurnia, Leonor no ponía objeciones, por el contrario, me veía casada en breve tiempo con un hombre de "clase", como solía referirse a él, pero además forrado de dinero.

Concluimos los estudios con la certeza de que nadie podría alejarnos, aunque en nuestros planes no estaba casarnos de inmediato. Ambos queríamos continuar estudiando.

A pesar de los cuidados y la protección consultada con el médico para prevenir cualquier embarazo indeseable, los métodos fallaron y cuatro meses antes de concluir nuestras carreras, supimos la noticia de que estaba embarazada. De inmediato acudimos con el especialista que meses antes me había colocado el dispositivo. Nos explicó que era el margen de riesgo en cualquier método y nos manejó la posibilidad de interrumpir el embarazo.

Pasamos muchos días hablando, imaginando una vida juntos, midiendo los riesgos y lo que ello implicaría en nuestras vidas profesionales que apenas comenzaban. Ambos queríamos continuar, pero nos ganó el romance y optamos por casarnos a la brevedad posible. En primer lugar fuimos a platicar con mi hermana y

mi cuñado; ellos ya esperaban algo así y nos manifestaron su apoyo. Los días transcurrieron llenos de planes, aunque aún no le comunicamos la noticia ni a mi madre ni a mis otras hermanas, y menos aún a su familia.

Lo prudente en el caso de su familia, me decía, era que él hablara con sus padres. Eran momentos difíciles, ya que su papá, un español republicano de carácter fuerte y chapado a la antigua, consentía nuestra relación, pero deseaba que sus hijos emparentaran con familias de abolengo. El fin de semana decidió acudir solo a comunicar la noticia. Yo me quedé en el pueblo con mi hermana, haciendo planes tal y como lo habíamos acordado. No recibí ninguna llamada. Supuse que la noticia sería un poco fuerte, por lo que decidí darle el tiempo necesario. Pasó una semana sin saber absolutamente nada de Sebastián. Mis llamadas, cuando lograba establecer comunicación con su hermana, eran breves y cortantes: "Acaba de salir, estuvo sólo unos minutos. Le digo que se comunique", hasta que tuve claro que algo malo había sucedido.

Los días pasaron con rapidez. Los cursos en la Facultad estaban a punto de terminar y con ello mi carrera, por lo que debía presentarme a los exámenes finales. En casa de mi hermana no querían incomodarme y nadie hablaba sobre el tema, hasta que decidí comentar lo que estaba sucediendo.

Natalia, haciendo acopio de una gran entereza y dándome un consejo práctico, me dijo que la decisión era mía. Quedaba claro que estaba sola en medio de una de las determinaciones más importantes de mi vida... lo cierto era que los meses pasaban velozmente y no había demasiado tiempo para pensar.

Regresé a mi departamento, donde ya casi no quedaba nada. Mis amigas estaban regresando a sus lugares de origen y el sitio se veía realmente desolado. Al verme sola, rompí en llanto. Se me revelaron emociones encontradas, pero sobre todo un verdadero pánico de enfrentarme a mi principal inquisidora, mi hermana Leonor, de quien sabía que no desperdiciaría la oportunidad

para demostrarme su desprecio y burlarse de mi fracaso. Me condenaría por siempre al rechazo de todos y sería como haberle dado la razón. Fui cobarde y decidí que lo mejor era poner fin a mi embarazo, más por miedo a Leonor que por mi propia conveniencia.

Tomé mis maletas decidida a no volver más a ese lugar que sólo me traía dolorosos recuerdos. Al colocar mi equipaje en la cajuela del coche, sentí su mano, esas manos que años atrás me habían llenado de emoción, ahora me produjeron sobresalto. “Ven —me dijo—, hablemos” y por última vez entramos juntos a mi departamento.

Me platicó lo complicado que había resultado la reunión con su familia, la negación rotunda de su padre, el ultimátum y la amenaza de abandonarlo en todos los sentidos si seguía adelante con lo que llamaba “un absurdo”. Lloramos, dormimos un rato, hablamos de cuánto nos amamos, pero que había algo definitivamente roto para ambos. Nunca me preguntó lo que yo quería ni se volvió a referir a la posibilidad de comenzar una nueva vida juntos, así que haciendo gala de orgullo y dignidad, le comuniqué lo que había “decidido”.

Como era de esperarse, hubo más lágrimas y nuevas promesas, pero en el fondo ambos sabíamos que todo había llegado a su fin. Muy dentro de mí estaba consciente de su cobardía y me preguntaba qué tan en serio había sido lo nuestro.

Al día siguiente hizo los contactos necesarios, consiguió el dinero con demasiada rapidez, como si todo hubiese estado preparado de antemano, y en unas cuantas horas estábamos en una clínica, tomados de la mano, viviendo el suceso más doloroso de mi vida.

Nunca más nos volvimos a ver. Desgarrada en cuerpo y alma, sólo regresé a la escuela a presentar mi último examen, para después encerrarme en San Roque y sumirme en una depresión que convenientemente coincidió con el receso de mis labores.

Dejé de comer, dormía poco, me mantenía en unas viejas pijamas tirada en un sofá. Las lágrimas acudían sin siquiera darme cuenta. Supe por los amigos que los padres de Sebastián lo habían enviado a España con su familia materna.

TOCAR FONDO

Mi estado de salud comenzó a deteriorarse con mayor rapidez, por lo que Natalia no tuvo más remedio que pedir auxilio, y ¿a quién mejor que a la hermana con la que había compartido mi infancia? Elizabeth estaba pasando también por momentos difíciles en su matrimonio. Su esposo había manifestado su hartazgo de vivir bajo el mismo techo que Leonor, quien desde recién casados les había hecho la vida imposible a cambio de mantener a toda su familia, que además creció con rapidez: Elizabeth, su esposo y sus tres hijos. La separación entre ellos era un hecho, aunque legalmente seguían casados.

Elizabeth me propuso regresar a mi estado natal. “¿Qué haces allá tan sola?”, me decía. A mí, realmente todo me daba lo mismo. Mi vida, de cualquier manera, estaba acabada. Me había convertido en un ser sin voluntad, de tal modo que me embarqué con Natalia y mis sobrinos en lo que para ellos serían unas vacaciones y para mí un viaje sin retorno.

Al ver mi aspecto, Elizabeth se hizo cargo de mi cuidado; mi madre, preocupada por mi salud, y hasta Leonor, parecían conmovidas. Obviamente, ellos sólo sabían que mi relación de tantos años había llegado a su fin.

Lo primero era buscarme un trabajo, pero la cuestión no era simple, yo sólo quería dormir y que me hablaran lo menos posible. Casi a rastras acudí a mi primera entrevista con amigos de la familia. Recorrí sobre todo dependencias gubernamentales relacionadas con el quehacer de un psicólogo, y no me costó encontrar acomodo de inmediato, ya que la carrera no existía en mi estado

natal y no había suficientes profesionistas dedicados al campo de la educación, por lo que fui contratada de inmediato en un centro de atención para adultos mayores.

Cada día era obligada a cumplir con mi rutina. Elizabeth volcaba en mí las necesidades de su propio infortunio. Su esposo había conseguido trabajo fuera del estado y cada día la cosa entre ellos parecía ir de mal en peor, de modo que él se quedó con los hijos mayores, y mi hermana con el más pequeño, un niño de sólo cuatro años que absorbió el dolor de dos adultas anímicamente destrozadas que hacían lo imposible por atenderlo.

Cumplía mis obligaciones, pero me sobraba tiempo. Opté por distraerme entregándome a mis actividades con esmero. Necesitaba cansarme, no pensar, alejar cualquier recuerdo, por lo que se me ocurrió acudir, sin conocer a nadie, a solicitar trabajo como docente a la Universidad Autónoma del estado. Un golpe de suerte, o el mismo destino, hizo que el día que toqué las puertas con mi título en la mano me ofrecieran una cátedra que nadie quería porque se impartía en punto de las seis de la mañana.

Descubrí que disfrutaba enseñando. En mi primer día los estudiantes no distinguían quién era su nueva docente; algunos eran visiblemente más grandes que yo, y otros tenían mi edad, veintidós años recién cumplidos. Me senté en la esquina del escritorio esperando que todos llegaran, cuando escuché a una de las estudiantes que con fastidio comentaba: "A ver hasta qué hora se aparece la nueva maestra". Así se inició mi vida profesional en lo que era y sería la más grande de mis pasiones: la docencia universitaria.

Si hay algo que contribuyó a que siguiera adelante, fue justamente mi trabajo en el aula. Me volqué en hacerlo bien, preparaba exhaustivamente cada una de mis presentaciones. Solía pensar en cómo me hubiese gustado que me enseñaran, por lo que mis métodos resultaron exitosos. Notaba, además, que la entrega a mi nueva actividad surtía un efecto de elíxir contra el dolor, que en

ocasiones se transformaba en una opresión física en el pecho que parecía amenazar con terminar mi existencia.

Esta sensación fue cediendo con el tiempo, o al menos así lo pensaba en aquel entonces, pero en materia de romance y diversión, mi determinación era de hierro. Nunca más le daría oportunidad al amor.

La similitud de nuestro dolor propició entre Elizabeth y yo un acercamiento filial que nunca habíamos logrado en la infancia. El problema fue que despertó el recelo de Leonor hacia mi persona. Constantemente buscaba pretextos para reclamarme y provocar conflictos, la diferencia en esta ocasión era que ni yo misma me importaba.

En el fondo, quería ser sometida y castigar mis culpas, por lo que en lugar de enfrentarme como lo había hecho en ocasiones anteriores, me retiraba en silencio a lamerme las heridas y a sumirme en la autocompasión. Leonor y yo formábamos la pareja perfecta del sádico y el masoquista. Sus reclamos fueron subiendo de tono, hasta que se convirtieron en agresiones físicas, como tirarme un plato de comida al suelo o arrebatarme el teléfono para colgar en forma grosera en medio de alguna llamada.

Era claro que sólo buscaba un pretexto para correrme de su casa. La ocasión llegó junto con el recibo de teléfono, el cual, según ella, registraba demasiadas llamadas de larga distancia, aun cuando mi disposición a pagar hasta las que no eran mías nunca estuvo en discusión. Al poner mi sobre de pago completo sobre la mesa para que se cobrara cualquier deuda, Leonor estalló en cólera y me dijo que no toleraría la forma en que retaba su autoridad; me tachó de prepotente y me mostró una supuesta lista de deudas de medicamentos que, a juicio de su esposo, yo había consumido en una farmacia de su propiedad.

Ambas acusaciones eran absurdas, ya que, por un lado, el servicio médico de la universidad me proporcionaba los medicamentos gratuitos y de muy buena calidad (que incluso su esposo me pedía

para su comercio) y, por el otro, mi estado de ánimo no estaba como para intentar siquiera establecer contacto telefónico ni con mis ex compañeras de la prepa que continuamente me buscaban.

Derrotada como siempre, fui arrojada a la calle a empellones, ante la impotencia de Elizabeth, que sólo me miraba sin articular palabra alguna por el miedo de correr la misma suerte.

Después de buscar un cuarto donde refugiarme, arrastré mis objetos más valiosos: mis libros. Una vez más, la escena se repetía, pero ahora llevaba conmigo una dolorosa vivencia que sigue vigente en mis recuerdos, como una escena incomprensible ahora que soy mamá. Momentos antes de que Leonor me echara a la calle, había escuchado accidentalmente a mi propia madre acusándome con Leonor de usar el teléfono y de protestar demasiado por la comida, contribuyendo con ello a la furia de Leonor en mi contra.

En el minúsculo cuarto de dos piezas me entregué a la depresión. Los días pasaban olvidada por todos, hasta que no pude más. Mi tía Marcela, hermana de mi madre, vivía enfrente de mi cuarto y tocó a mi puerta para llevarme comida. Se percató de que la radio estaba encendida. Nunca respondí al llamado insistente de la puerta. Preocupada, llamó a Elizabeth, quien me encontró casi sin vida tirada en el suelo de mi cuarto; el corte en la muñeca había sido profundo. Éste, quizá, sea uno de los sucesos más penosos que quisiera olvidar y que en esta ocasión me ha obligado a pausar mi relato y a desistir de contar esta historia, pero entiendo también que son formas de tocar fondo para tomar un nuevo impulso.

Natalia y Alfonso habían decidido mudarse al poco tiempo de mi partida. Una permuta en sus trabajos hizo que volvieran a radicar en el estado, por lo que una vez más fueron los encargados de rescatarme y proveerme de cuidados y amparo. Desperté con la mano vendada, aturdida por los sedantes administrados y con poca conciencia de lo que había sucedido. Frente a mí estaba mi madre, esperando con aparente preocupación a que despertara.

Al recobrar la conciencia, su presencia me causó tanta rabia que, en esta ocasión y aprovechando que estábamos solas, fui incapaz de contenerme. Le hice saber todo lo que su indiferencia y complicidad con Leonor me habían provocado, la acusé de cobarde, interesada y con una crueldad inusitada le narré cada episodio de mi vida en que ella estuvo ausente. Mi madre guardaba silencio y sólo en ocasiones murmuraba: “¿Cómo no te voy a querer si eres mi hija?”

A partir de ese día, pareció que mi madre cambiaría de actitud. Se dedicó a mi cuidado, se mudó temporalmente con Natalia para hacerme compañía, pero ¡qué va!, ella siempre nos decepciona y vuelve a las andadas, sobre todo conmigo.

Si Leonor tiene ascendencia de alguien en línea directa, ¡es de mi madre! La deslealtad y la ambición son el sello principal de la personalidad de ambas. Así que, en cuanto me vio restablecida, le contó a Leonor con lujo de detalles todo lo que en confidencia le había compartido. Perdida y puta eran términos comunes en el léxico que Leonor me dedicaba, pero esta vez le gustó, además, bautizarme como “la vergüenza de la familia”.

Elizabeth continuamente me mandaba recados en los que me contaba el escándalo que Leonor tenía con el asunto de mi aborto. En uno de tantos me comunicó que no podía visitarme para no arriesgarse a que Leonor la corriera junto con su hijo, dada la situación en la que se encontraba. Poco tiempo después sólo pasó a despedirse. Había decidido seguir a su marido, en uno de sus muchos intentos por librarse del yugo de Leonor, ante quien tarde o temprano siempre se rendían.

Mi recuperación anímica fue lenta. La ventaja era que, por la distancia, no tenía noticias de Sebastián ni frecuentaba a los amigos y lugares que compartimos por tantos años. Poco a poco fueron cerrando las heridas, aunque mis sueños y ensueños mantuvieron presente su recuerdo durante más años de los que hubiera deseado.

UNA NUEVA OPORTUNIDAD

En la Facultad donde prestaba mis servicios estaban contentos con mi desempeño, por lo que me ofrecieron una beca para continuar mis estudios de posgrado. La oferta no era nada despreciable y cubrirían todos mis gastos. Ni siquiera lo pensé. Era justo lo que necesitaba para tratar de reconstruir mi vida: una maestría en Antropología en uno de los estados más bellos de la República, donde además de encontrar la paz, conocí a quien hoy comparte mi vida y me anima a narrar estas vivencias.

El programa era especial, estaba dirigido a la región sur-sureste y se eligió a tres becarios por cada estado. A los de mi tierra no los conocía, pero desde el primer día nos volvimos inseparables: una socióloga y dos antropólogos con quienes compartí dos años maravillosos.

Los dos habían traído a sus parejas y me adoptaron como parte de sus familias. Además de Alejandro, quien se convirtió en mi mejor amigo, yo era la más joven del grupo. Al poco tiempo de hospedarme en hoteles, Alejandro me anunció que el departamento de abajo del suyo, se había desocupado. Ni tarda ni perezosa me mudé a lo que sería mi nuevo hogar.

Lo amueblé con objetos propios de la región, puse petates, almohadones confortables y no escatimé en comprar un buen estéreo. Allí conocí el sentido de la solidaridad, recuperé mi salud, el amor y la confianza en los otros. Luis y otro compañero, que resultó nuestro vecino, se convirtieron en las personas más cercanas y queridas durante mi estancia y hasta el día de hoy. Luis tenía su novia en su natal estado y Roberto, nuestro nuevo vecino, era

casado y tenía dos hermosas niñas que enseguida nos brindaron hospitalidad y cariño.

Al ser becarios de tiempo completo, nuestra única responsabilidad era el estudio y así lo comprendimos. Siempre fuimos buenos estudiantes, aunque Luis y yo nunca desaprovechamos las fiestas y celebraciones del pueblo, donde corría en abundancia el tequila y el mezcal, a los que me hice aficionada, más no dependiente.

En muchas ocasiones mis compañeros, todos bastante mayores que yo y con una vida sentimental resuelta, me presentaban amigos, parientes y vecinos con la finalidad de encontrarme pareja, a lo que me rehusaba a pesar del tiempo transcurrido.

Mi mejor repelente era pasarme los intentos de cita hablando de mi amor por Sebastián y casi previniendo al aburrido pretendiente de la imposibilidad de establecer cualquier tipo de relación que no fuera mi amistad incondicional. Con mis amigos, en cambio, era solidaria, les cuidaba a sus niños, me ofrecía a quedarme hasta más tarde que todos para hacer los últimos ajustes de encomiendas y tareas que requerían el desvelo.

Una constante en mi vida ha sido mi debilidad por los hombres guapos, pretendientes formales e informales debían ser siempre bien parecidos. Jamás compartí la opinión de que los feos tienen su atractivo. Salía esporádicamente con alguno que otro conocido y hasta pude haber intentado entusiasmarme un poco, pero siempre terminaba comparando hasta el más mínimo detalle con mi relación con Sebastián, lo que a juicio de mis amigos parecía tratarse de una obsesión.

Así pasó el primer año de mi estancia. El posgrado me gustaba y le encontré el gusto a la investigación y a la lectura; por mi interés en lo académico, tuve ofertas sentimentales hasta de mis profesores, algunos extranjeros que eran garantía de romance esporádico, ése que brinda sosiego, pero sin ningún tipo de compromisos.

A mediados de agosto recibí la visita de quien fuera el mejor amigo de Sebastián. Desde que conocí a Rubén, nos hicimos muy buenos amigos, al grado de que Sebastián solía decirnos que, cuando estábamos los tres, lo excluíamos, porque a Rubén y a mí nos gustaba la lectura, y en muchas ocasiones nos enfrascábamos en argumentos sobre las distintas novelas que compartíamos.

Rubén fue el único que supo lo sucedido. Mantuvimos comunicación y en dos ocasiones viajó hasta mi estado para visitarme. Solía irse sumamente preocupado por el estado en que me encontraba, y en una de esas visitas le tocó encontrarme internada en el hospital debido a mi total inapetencia.

Rubén llegó de improviso. Nunca le gustaba dar fecha ni hora exacta de sus arribos. Al verlo, sentí tanta alegría que el tiempo no me alcanzaba para mostrarle toda la ciudad. Para mi buena suerte, Roberto y su familia nos invitaron a la fiesta de su pueblo, enclavado en la sierra; el viaje prometía ser toda una aventura. Roberto, que amaba su pueblo, nos contaba con orgullo sobre las tradiciones: el baile duraba dos días, la cerveza tibia corría gratuita y en grandes cantidades debido a que no era necesario refrigerarla por la baja temperatura ambiente; la comida, que a su juicio era lo mejor de los festejos, se distribuía en abundancia.

No lo pensamos más, de modo que un 22 de agosto partimos rumbo a Chazilan. Decidimos llevar mi coche. Rubén manejaría y seguiríamos la camioneta de volteo que transportaba a la familia de Roberto.

El terreno era sinuoso. A medio camino se nos quedaron las llantas enterradas y recibimos ayuda de camioneros acostumbrados a la inexperiencia de los viajeros. En ocasiones la niebla era cerrada y el camino, para colmo, se angostaba a medida que ascendíamos a la sierra. El regreso se antojaba imposible, pues la lluvia cerraba los caminos. Íbamos nerviosos, llenos de polvo, arrepentidos y hasta enojados.

Después de más de dos horas de camino, apareció el mentado pueblo. En verdad era hermoso, con casas de adobe enclavadas en los cerros, arroyuelos que emitían sonidos musicales y muchos perros.

Los preparativos de la fiesta en casa de Roberto eran en sí mismos una fiesta, nadie atendía a nadie y la gente se acomodaba como podía, de tal forma que a nosotros se nos asignó como dormitorio una especie de granero, donde había tirados petates colocados encima de confortables pacas de heno que hacían las veces de colchones.

El ambiente nos parecía novedoso, divertido, sobre todo porque al llegar nos recibieron con mole, tequila y mezcal en abundancia. Decidimos tomarnos las cosas de manera tranquila para disfrutar de la fiesta. Por la tarde asistimos al baile tradicional, donde vimos las danzas y fuimos invitados a bailar con gente del pueblo. Ahí fue la última vez que vi a Rubén sobrio, con sus grandes ojos azules y su espíritu de antropólogo, era confundido con un "gringo" al que le ofrecían todo tipo de aguardiente. Empeñado en demostrar que era un verdadero mexicano, aceptaba copa tras copa, hasta que lo vi alejarse en compañía de amigos de Roberto que lo integraron a las actividades del festejo.

En la fiesta coincidimos con un compañero de la maestría, un hombre muy querido en ese pueblo, Pablo Ramos. Pablo había abandonado el programa de posgrado por sumarse a un cargo en la Secretaría de Educación relacionado con la dignidad de los pueblos indígenas. Mi amistad con él fue excelente desde el primer día que lo escuché hablando con orgullo su dialecto original. Al verme sola en la fiesta, decidió que yo debía unirme a su grupo de antropólogos que realizaban un estudio sobre las festividades de la sierra, a quienes me señaló para invitarme a conocerlos.

Desde el lugar donde estaba, pude distinguir a Nicolás, que destacaba por lo bien parecido y porque, a diferencia de los demás,

se notaba sobrio y atento a la conversación. Enseguida le pregunté a Pablo si era su amigo, lo que bastó para que me tomara de la mano y, a la velocidad del rayo, me parara frente a su amigo. Le dijo: “Ella es una amiga sureña de la maestría decidida a conocer nuestras costumbres”.

Si de lejos Nicolás me pareció atractivo, de cerca sus ojos —rasgo que siempre ha sido mi perdición— me cautivaron de inmediato. Al decirme su nombre, su tono de voz hizo el resto. La gente desapareció de mi campo visual; allí se rompieron las promesas de nunca más enamorarme. El primer detalle que me cautivó fue el asunto de la cerveza. Como buena sureña, aunque el frío estaba bajo cero, me negaba a tomar la cerveza tibia, por lo que desde hacía bastante rato cargaba con dos botellas en la mano que acepté por pena a rechazarlas. Él se percató de la situación y se ofreció a sostenerlas para evitarme la incomodidad.

Según entendí, él estaba esperando a una muchacha con quien había quedado de verse; a su vez, él suponía que Rubén era mi novio. Al cabo de un rato, ambos salimos del error, y en medio de una lluvia de esas escasas, pero que empapan, platicamos sobre la cultura de los pueblos. Anochece y el frío no daba tregua, de modo que me ofreció su abrigo. “Ay, Dios mío, cuántas cosas revivieron en ese instante”, pero a diferencia de otras ocasiones, estaba con la guardia baja. Esperamos hasta que volvió Rubén, visiblemente borracho, divertido y con ganas de seguirla; casi amanecía.

Rubén quiso que acompañáramos a Nicolás al lugar donde se hospedaba, un internado con muchas camas, confortable y limpio. Nos ofreció quedarnos allí, pero no me pareció prudente. Además quería que Rubén caminara para que se le bajaran las copas. Por alguna razón, Nicolás y yo no queríamos separarnos, por lo que el pretexto del regreso dio pie para quedar de acuerdo en emprender juntos el camino al día siguiente, de modo que su camioneta nos sirviera de resguardo. La cita estaba hecha, en la iglesia del pueblo a las ocho de la mañana.

De regreso, Rubén y yo íbamos divertidos porque el camino estaba resbaloso y caíamos con gran facilidad. Me costaba ayudarlo a levantarse, y su peso de nuevo nos tiraba al suelo. Además nos perdimos y terminamos cubiertos de lodo, pero llegamos al establo que nos servía de morada; un poco arrepentidos de no haber aceptado la hospitalidad de Nicolás.

Yo quería platicarle a Rubén lo sucedido, no quería dormir, estaba emocionada y deseaba que esa sensación durara; sin embargo, los fuertes ronquidos de Rubén me indicaban que esa noche-madrugada no tendría interlocutores disponibles.

El lugar donde dormimos carecía obviamente de servicios sanitarios, por lo que muy temprano decidí salir al patio y buscar dónde aliviar la vejiga. Bajo un árbol me puse en cuclillas. Al tiempo que me bajaba los calzones, un enorme perro, sin emitir ruido alguno, me encajó sus colmillos en la nalga izquierda. El grito debió despertar a mis compañeros de dormitorio, pero el estado de ebriedad colectiva en que todos se encontraban lo redujo a un ruido imperceptible. Como pude, me subí los pantalones y desperté a Rubén a gritos. La herida era profunda, sangraba en abundancia y el dolor era indescriptible, una mezcla de ardor con dolor agudo. El miedo, además, se apoderó de mí al pensar en que el animal podría haber estado rabioso.

Rubén aún medio dormido, no atinaba a hacer absolutamente nada, y yo me retorció de dolor. “¡Llévame al médico! —comencé a pedirle—, ¡por favor, necesito un médico!” Lógicamente, en ese pueblo, y en muchos kilómetros a la redonda, en pleno día de fiesta, no habría ningún médico disponible.

Rubén, sin pérdida de tiempo, puso en marcha el motor de mi vehículo y, sin más contemplaciones, emprendimos el camino de regreso. Adiós a mi viaje imaginado, recorriendo la sierra detrás del único hombre que, en varios años, había llamado mi atención y mi interés. En su lugar, bajamos la sierra en menos de dos horas. Los dolores se volvieron insoportables y había que aprovechar el

camino antes de la lluvia o la niebla. Llegamos directamente al hospital, donde la herida desgarrada ameritó dos puntadas y una inyección antirrábica, para después enviarme a descansar por el resto del día.

De mi encuentro con Nicolás no quedaba ni huella. El único que nos conocía a ambos era Pablo Ramos, pero hacía mucho tiempo que no sabía ni cómo localizarlo. Recuerdo que Nicolás comentó que su trabajo quedaba justo a una cuadra de mi escuela, pero, la verdad, no recordaba ni su apellido. Así pasaron dos o tres semanas y no volvía a saber de él.

Animada por mis compañeras de clases, nos atrevimos a asomarnos a donde suponíamos que era su trabajo. Unas más aventadas que otras, le preguntaban al guardia, y yo medio le daba las señas de su aspecto, hasta que logramos obtener su apellido y nos alejamos a grandes carcajadas. Lo correcto, a mi juicio, era que él me buscara, pues contaba con el mismo dato: una cuadra de distancia.

No supe más y así pasó todo un mes. Pronto vendrían las vacaciones y esta vez sí quería visitar a mi familia, sobre todo a Natalia y a mi cuñado, por lo que entre los preparativos me fui olvidando del misterioso antropólogo que había hecho renacer esperanzas. En ocasiones pensaba que tal vez la atracción había sido sólo mía y que había malinterpretado las señales de su parte. Recordé que en las horas que pasamos juntos no demostró ningún interés especial, aunque presentía que no le fui del todo indiferente.

Olvidada casi por completo del asunto y en plenos exámenes finales, me senté junto a la ventana de mi salón. De pronto, atravesando el parque y en dirección a la escuela, venía Nicolás. Ni siquiera terminé la prueba. Debía hacerme la aparecida y bajar en cosa de segundos al portón de la entrada. Al verme, me saludó con una gran sonrisa, como si nos hubiéramos visto apenas ayer. Yo respondí con el mismo ánimo y, a continuación, me comentó que había querido buscarme antes, pero de su trabajo lo habían

mandado a la costa durante todo el mes y apenas ese día estaba de regreso.

Sentí un calor en las orejas y unas fuertes ganas de abrazarlo al saber que también había pensado en mí. Quedamos de vernos por la tarde en mi departamento, la felicidad que me embargó casi me resultaba ajena de tanto tiempo de mantener mis sentimientos a resguardo.

Limpié mi casa, reacomodé los almohadones que hacían de sillones en el piso y, a medida que pasaban la horas, me acomodaba el cabello, me cambiaba de vestido, seleccionaba la música, pensaba en qué le diría. Era un hombre especialmente atractivo, pero además inteligente, dos cosas que no suelen venir juntas.

Esa tarde la pasamos conversando, oyendo música. Nuestra afinidad era evidente y quedamos en volver a vernos.

Nicolás era prudente y, aunque en varias ocasiones estábamos más cerca de lo necesario, jamás tomó ninguna iniciativa.

Al mes de visitarme cada tarde, me moría por besarlo. Sus manos tibias a menudo tomaban las mías, me hacía caricias en el cabello o se quedaba mirándome largo rato. Yo nunca antes había recibido tanta ternura, nadie había estado tan pendiente como él de mis necesidades.

Una tarde, teniendo como fondo La canción del elegido, de Silvio Rodríguez, tomó entre sus manos mi cara y me dio un beso largo que siempre he calificado como el mejor de mi vida. A partir de allí, las cosas se dieron de manera natural, como si nuestros cuerpos ya se conocieran, no hubo prisas ni contratiempos. Nicolás se tomaba el tiempo suficiente para estimular cada poro de mi piel, hasta volverme loca de deseo. En sus brazos me olvidé de todo. Disfruté cada momento, nos entregábamos lentamente. Con él conocí la plenitud de mi sexualidad.

El amor y la pasión llegaron al mismo tiempo, dejé de sentir miedo, dejé de ser precavida. Nicolás me transmitía paz y una seguridad nunca antes sentida. La experiencia que demostraba

en cada entrega me hacía suponer que eran muchas las mujeres que habían compartido su cama. En ocasiones, el sólo roce de su lengua podía convertirse en éxtasis total. Me hacía el amor una y otra vez de manera suave y salvaje, acorde a las exigencias de mi cuerpo; el placer era tan pleno que a veces me sentía morir en sus brazos.

Sabía muy poco sobre su vida, era más bien observador y callado. En menos de dos meses me sentía totalmente perdida, transformada, plena. Qué lejos había quedado la sensación de haberlo perdido todo, qué tonta en pensar que nadie podría superar la intensidad de lo vivido.

Cuando por razones de su trabajo se alejaba por más de quince días, a ambos nos invadía la nostalgia, de modo que a su regreso corría a la casa, tiraba su maleta y hacíamos que la vida nos pagara los minutos que nos restaba. En ocasiones no alcanzábamos ni a llegar a la habitación del lugar que llegó a ser nuestro. Las almohadas y el petate de mi sala eran mudos testigos del amor que nos profesamos.

Nicolás me amó como nadie jamás. Su energía se transformó en una fuerza inalcanzable para procurarme todo tipo de bienestar. Solía comentarle que si la vida algo me debía, con él le sobraba cambio.

Al llegar las vacaciones, decidimos emprender juntos el viaje a mi casa. Parábamos a descansar, pero también a saciar la necesidad que uno sentía por el otro. Al llegar, no fuimos bien recibidos, pero poco nos importaba. Él sólo fue a hacerme compañía en el viaje, ya que en pocos días tenía que estar de vuelta en su trabajo.

Esa breve separación nos sirvió para entender que nunca más podríamos estar lejos, por lo que en menos de una semana yo estaba de vuelta entre sus brazos, tal y como debía ser.

Nunca antes mi producción académica fue tan destacada, Nicolás era mi inspiración, mi puerto seguro. A la vuelta de diez meses creíamos estar embarazados y a mí me envolvió la tristeza

pensando de nuevo en el rechazo. Para mi sorpresa, Nicolás me besó largamente y nos propusimos casarnos de inmediato. Viajamos de nuevo para comunicar la noticia, y allí pidió mi mano ante quienes verdaderamente eran corresponsables de tanta felicidad: mi cuñado y mi hermana. Supongo que de la impresión y los nervios, ese mismo día llegó mi esperada menstruación, porque el embarazo sólo lo habíamos intuido debido a la puntualidad con que esperaba el periodo y por los significativos días de retraso. Al oído le comuniqué la noticia y lo innecesario que sería continuar con los planes de la boda. Su respuesta fue inmediata: “Nada tiene que ver lo uno con lo otro, necesito estar contigo”.

Mis clases del posgrado terminaron dos meses después y había llegado el momento de regresar para no perder mi plaza docente en la universidad. Era algo que por alguna razón no nos habíamos planteado. Había que resolverlo en el momento, por lo que regresé sin mi marido a incorporarme a mis actividades laborales.

Alfonso tenía preparado para nosotros un departamento de su propiedad donde me instalé con las cosas mínimas que habíamos comprado. Nicolás me alcanzó a la vuelta de ocho días; había solicitado un permiso por tres días, pero nuestra felicidad era tan plena, que decidió enviar su renuncia y no volver a separarnos.

Comenzamos una vida juntos. Tenía mi casa, mi marido, por primera vez era de alguien y me gustaba la sensación de amanecer a su lado. Cada mañana disfrutaba recordar que estaba en casa con mi marido.

HOY

Menuda sorpresa nos llevamos cuando Marcos, en su primera clase de canto, fue llamado por su profesor para decirle: "Tienes un don, un talento especial. Naciste con voz de barítono y no necesitas clases, sólo técnicas de respiración, porque además tienes tu propio estilo".

Marcos, desde pequeño, canta. Es entonado y especialmente alegre y tranquilo. En cada cumpleaños le agradezco las facilidades que me ha otorgado para ser su mamá. Es talentoso y muy dedicado.

Ahora mismo vive en otra ciudad, becado por una de las mejores universidades del país, estudiando una carrera que, según el catálogo internacional, está clasificada como de las más difíciles del mundo: Ingeniería biomédica. Eligió vivir solo en su departamento, pero cada dos o tres meses recibe nuestra visita o, cuando puede, viene a casa.

Su hermano Jesús, y su principal influencia, terminó Medicina en la universidad local y actualmente hace su servicio social. Ha obtenido uno de los más altos promedios de su generación y no dejo de pensar hasta dónde su elección estuvo influida por lo que no pude ser. Aunque juro que las disputas entre nosotros se derivan de mi defensa de las ciencias sociales, a las que ellos les niegan su carácter científico, entre broma y risa nos declaramos enamorados de nuestras profesiones, pero debo reconocer que ellos son mayoría porque, aunque su padre es científico social, se declara partidario de las ciencias duras.

Muchas veces Nicolás y yo nos preguntamos cómo hemos logrado darles tanto, teniendo como base sólo nuestro trabajo y esfuerzo.

Lo que hace que todo valga la pena es que nuestros hijos son dos personas poseedoras de una gran calidad humana.

Hemos esperando tanto por este día. Marcos debuta como barítono en la obra *Le nozze di Figaro*, interpretando el aria *Non piú andrai* del personaje central.

Escribo estas últimas palabras esperando que llegue la tarde para acudir al evento al que, por supuesto, viene su tía Natalia y su querida prima Lía que tanto lo cuidó de niño; de hecho, es su niño.

Tengo de plazo para entregar mi autobiografía hasta esta tarde, por lo que ya no me será posible narrar cómo fue el debut de Marcos en el mundo de la ópera.

EPÍLOGO

Al inicio de mi relato me asumí como una “mujer sin nombre”. Al concluirla, decidí revelar mi identidad. Mi segundo apellido de soltera es una R y así está registrado. Eso es todo lo que creo haber recibido de mi madre.

En la actualidad, la protagonista de estas letras vive reconciliada con la vida, no le debe nada porque le ha pagado con creces con un esposo y unos hijos que le dieron sentido a la palabra familia.

La paciencia de su marido, que la conoció como un animal herido, ha logrado transformar esa rabia en amor y autoestima. Es madre de dos hijos y aprendió a tomar la vida sorbo a sorbo para que dure más.